

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — N° 358.

Administracion general, passage Saunter, num. 4, en Paris.

## SUMARIO.

La guerra de España con Marruecos; grabado. — De la

envidia. — El día de Difuntos. — Inauguración del nuevo puente de Colonia; grabado. — La fiesta de Piedigrotta en Nápoles; grabado. — Revista de Paris. — Sacrificio y recompensa. — Recuerdos de Taiti; graba-

dos. — La joven de Treppi. — El Cáucaso; grabados. — Anales de los artistas españoles. — Boletín científico. — El Cometa, nueva cañonera de vapor; grabado. — Leonetto Cipriani; grabado.



LAS FLOTAS FRANCESA, ESPAÑOLA Y RUSA EN LA BAHÍA DE ALGECIRAS.

### La guerra de España con Marruecos.

Hace dos meses una tribu de marroquíes salvajes atacaba á los españoles por una de sus fronteras, echaba al suelo las armas de España y derribaba una construcción que levantaban las tropas para su defensa. El gabinete de Madrid, justamente ofendido, pidió satisfacciones á Marruecos, y no habiendo sido ofrecidas estas de un modo conveniente, se ha declarado la guerra. El día 22 el general O'Donnell comunicó esta resolución á las Cortes, reseñando antes los trámites que habían seguido las ofensas y las negociaciones con Marruecos. Hé aquí lo que se pedía por parte de la España:

«Satisfacción del agravio; que el bajá de Tanger Tetuan viniese al frente de Ceuta á restablecer las armas de España en el mismo sitio en que fueron quitadas; que tropas del sultan acompañasen al bajá y saludasen al pabellón español en desagravio de las ofensas que se le han hecho; que los reos del delito, á quien el gobierno marroquí debía conocer, fueran llevados al frente de la plaza de Ceuta á sufrir el castigo en el mismo sitio en que había corrido la sangre española.»

»Siendo preciso además marcar ciertas alturas y posiciones, se dijo al sultan que nombrase dos comisionados, y que España nombraría dos ingenieros que de común acuerdo hiciesen las nuevas limitaciones, tomando por base la sierra de Bullones; pero como esta es muy extensa, se previno se hicieran en ella las limitaciones convenientes.»

El presidente del Consejo manifestó «que el gobierno de S. M. había quedado altamente sorprendido cuando, después de condiciones tan moderadas y prudentes, contestó el ministro del sultan, no diciendo que no acepta las condiciones, sino «que lo que se pedía era mucho, y que no tenía poderes suficientes para hacer esta negociación, por lo que tenía que consultar al emperador de Marruecos.»

«¿Qué se había de contestar á esto después de las consideraciones y de la moderación que habíamos usado? exclamó el conde de Lucena. ¿Debíamos, por ventura, conceder un nuevo plazo al gobierno marroquí? No, señores, porque á la concesión de ese nuevo plazo se opone la dignidad nacional (aplausos) y hasta el honor del gobierno y del país, que habían dado muestras de moderación y de templanza concediendo ya tantos plazos y no aprovechándose del estado del imperio marroquí, con lo cual habré contestado á los que creían que un espíritu de conquista y no de justa reparación nos llevaba á Africa.»

»De consiguiente se manifestó al encargado de negocios, á consecuencia de esta nota, que en ella había varias inexactitudes, y que desde luego las relaciones quedaban rotas y la suerte de las armas decidiría quién tenía razón; la fuerza de las armas, que es la última razón de los reyes y de los pueblos.»

»Hemos pues venido con confianza á manifestarlo todo al Congreso, porque tenemos la convicción de que el gobierno ha obrado con toda la moderación y templanza propias de una nación que es grande, aunque se crea lo contrario; que tiene grandes medios para hacer respetar su honra y dignidad, como lo hará siempre, poniéndolas á la altura de la nación que las tenga más altas.»

»No vamos animados de un espíritu de conquista, no. El Dios de los ejércitos bendicirá nuestras armas, y el valor de nuestro ejército y de nuestra armada hará ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nación española, y que iremos á sus hogares, si es preciso, á buscar la satisfacción. (Fuertes aplausos.)

»No nos lleva un espíritu de conquista; no vamos á Africa á atacar los intereses de la Europa; no, ningún pensamiento de esta clase nos preocupa; vamos á lavar nuestra honra, á exigir garantías para lo futuro; vamos á exigir de los marroquíes la indemnización de los sacrificios que la nación ha hecho; vamos, en una palabra, á pedir con las armas en la mano la satisfacción de los agravios hechos á nuestro pabellón. Nadie puede tacharnos de ambiciosos; nadie tiene derecho á quejarse de nuestra conducta. Firmes en nuestra razón y en nuestro derecho, el Dios de los ejércitos hará el resto.» (Grandes y repetidos aplausos.)

El entusiasmo con que fué acogida esta declaración en el seno de las Cortes, se ha extendido por toda España. Tanto en Madrid como en las provincias ese entusiasmo no conoce límites. El general O'Donnell mandará en jefe la expedición que constará de 40,000 hombres. Tendremos á nuestros lectores al corriente de las operaciones militares que deben comenzar en breve contra los marroquíes. Hoy damos un primer dibujo representando la bahía de Algeciras con las flotas francesa, española y rusa.

### De la envidia.

#### I.

Entre las malas pasiones que agitan el corazón humano y lo desgarran, apenas hay una más desconsoladora, más triste, más tenaz, más agarrada ni más funesta en sus consecuencias que la envidia.

Hemos dicho entre las malas pasiones, porque las hay nobles, generosas, elevadas, á las que se debe todo lo grande que los pueblos y los individuos han realizado para el progreso de la humanidad; y yerran mucho los que hablan de las pasiones como de una semilla que debe arrancarse de raíz y á todo trance del corazón humano. Quitad á este sus pasiones y le habreis su-

primido: quitadle ese fuego vivificador que todo lo anima, que todo lo mueve, que á todo da impulso y movimiento y acción, y habreis suprimido, y habreis sofocado, y habreis ahogado la vida.

¿Quién mueve y anima al apóstol que predica, al patriota que arrostra los peligros y la muerte, al mártir que levanta su corazón encendido en su amor á Dios de en medio de las llamas? ¿Quién lleva al misionero al interior del Africa ó á los recónditos pueblos del Asia, al navegante que va en busca de nuevos horizontes, de tierras desconocidas? ¿Quién sostiene al filósofo en sus difíciles investigaciones? Cuantas labores y trabajos emprende y soporta el hombre, ¿cómo los lleva á cabo sino por la pasión que lo sostiene? ¡Aquí el amor maternal, allí el de la patria, mas allá el de la humanidad entera!

Extinguir pues las pasiones sería apagar el calor de la vida, sería acometer el suicidio.

Lejos de eso, lo que ha de procurarse es despertar y sostener esas que tienen por fundamento la benevolencia, el amor de los suyos y de sus semejantes; la realización de la misión que Dios ha dado al hombre en la tierra; la de crecer, multiplicarse y perfeccionarse, combatiendo sin tregua ni descanso aquellas que contrarian su naturaleza y sus fines, aquellas que conspiran contra las de su Criador.

Entre estas pasiones, hemos dicho, mas funestas, quizá no hay otra que lo sea más que la envidia.

Y forzoso es decirlo; no es estudiada ni combatida con el empeño, con el interés, con la constancia que merece.

Y ante todo, rechacemos un ataque que algún extranjero y un español, que no nombraremos, ha hecho á nuestra patria y á todos sus hijos.

Cuéntase que viajando un extranjero, un inglés, por nuestra España, preguntando por los monumentos consagrados á los hombres eminentes producidos por nuestro suelo, como le respondiesen que no existían, contestó: pues ya sé la pasión que domina á este país: la envidia.

El caballero inglés erraba.

Esa ausencia de monumentos consagrados á perpetuar la memoria de españoles célebres en las letras, en las ciencias, en las armas, en las artes, no es debida á esa pasión de la envidia. España ha gemido por espacio de tres siglos, desde el advenimiento de una dinastía extraña; la austriaca, hasta nuestros días, bajo el yugo de un absolutismo áspero, enemigo de las luces y celoso de toda grandeza: y á eso se debe la falta de monumentos que se echa de menos en este suelo de grandes hombres que parece brotaban con la espontaneidad con que se dan las flores en su privilegiado clima.

Y aquí pueden ver los que suponen ó creen con grande error por cierto, que el despotismo favorece al genio, cómo aquí se le condenaba al olvido después de muerto, habiéndole perseguido en su desolada vida.

Los que sepan la de Colón, Gonzalo de Córdoba, Cicerones, Cervantes, los que recuerden las persecuciones sufridas por fray Luis de León, por Quevedo, Lope de Vega, los que viniendo más acá recuerden la prisión de Jovellanos llevada y sostenida con encono por un favorito indigno del puesto que ocupara, los que... ¿para qué seguir? Los que conozcan la historia de España, no dirán que la envidia del pueblo ha producido el vacío que se nota en plazas y parques públicos de estatuas y otros monumentos que recuerden las hazañas, las glorias, los triunfos de sus mayores.

El español que reconocía como el extranjero la mala pasión en el pecho de sus conciudadanos, se consolaba con decir «que la envidia nos había sido legada por los judíos que en otro tiempo, no el peor por cierto, habitaron nuestro suelo.»

Al cabo de los tiempos, y cuando se recuerda el modo bárbaro con que la expulsión de la raza hebrea se llevó á cabo en España, no puede comprenderse esa razón de la herencia, que solo como una potente maldición pudieron dejarnos aquellos á quienes tan inhumanamente echamos de su patria, de esta patria que aun lloran y bendicen con nuestros mismos acentos, que son los suyos, con la lengua de Cervantes, que acaso un día les será permitido hablar en su propia patria.

Mas sea como quiera, y teniendo en cuenta que si no poseemos casi exclusivamente ese don funesto de la envidia, tampoco tiene el pecho español el privilegio de no conocer su agudo dardo, hagamos de esta pasión un estudio tan ligero como lo exige el estrecho cuadro en que ha de encerrarse.

#### II.

La palabra *envidia* tiene en varias lenguas diferentes acepciones de que no hemos de ocuparnos. Mas es cosa singular que en algunas se califiquen con esa palabra, en la francesa, por ejemplo (*envie*), las manchas que se presentan á veces en el cuerpo de los recién nacidos con formas y colores diversos: el encarnado, el lívido, el violeta, el morado, el cobrizo, el amarillento, comparándose según su forma por el vulgo, ya al vino, ya á frutas variadas, ya á un pescado, á un sapo, etc., y atribuyéndose estas deformidades al resultado inmediato de una emoción viva, de un deseo que la madre no pudo satisfacer en la época de su embarazo.

Pero hay error en eso. Los hechos y la autoridad de los mejores observadores atestiguan que la imaginación no ejerce ninguna influencia en esas enfermedades de la piel.

Mas ya lo hemos indicado: no de esas manchas *envidiosas* vamos á ocuparnos, sino de esa otra que cubre el corazón de algunos desgraciados: de la afección mo-

ral llamada envidia, de esa enfermedad que se define: —Pesar que causa á alguno la fortuna, la buena fama, la gloria, el triunfo de su prójimo.

Los frenólogos consideran esta afección como un modo de ser ó de sentir de un órgano propio del cerebro, combinado con la actividad ó la ausencia de otras facultades.

La envidia, como otras pasiones, se manifiesta de diversos modos; aquel que tiene desarrollado el sentimiento de la propiedad, el órgano de la adquisividad, como dicen los frenólogos, codicia las riquezas ajenas; el vanidoso envidiará los títulos y condecoraciones, sufriendo mucho con los elogios que sobre otros recaigan.

Algunos han imaginado que la envidia ejerce cierto poder fascinador, cierto influjo mágico, y que los ojos del envidioso destruyen con su maligna mirada la ventura de los seres felices.

Otros han sido tan curiosos, que han querido observar el momento y las ocasiones en que el rayo oblicuo del ojo envidioso brilla más siniestramente, y han notado que se verifica este fenómeno cuando la persona envidiada se hallaba en medio de sus horas de gloria y de triunfo. En tales circunstancias, el alma del hombre feliz parece como que se dilata, que sale fuera de sí, y esta expansión, esta comunicabilidad con cuantos objetos le rodean, ofrece más atractivo, estimula más la maligna condición del envidioso.

Mas abandonemos estas abstracciones para considerar al envidioso bajo tres aspectos: el de sus padecimientos, el de sus consolaciones y el de su felicidad, ó por mejor decir, goces.

Un filósofo ha dicho que la risa es casi siempre efímera, y que sin temor de equivocarse, sería justo suprimirla, por lo menos, las tres cuartas partes de las veces en que se emplea. Pues el envidioso padece en todos aquellos casos en que debiera gozar. El curso de su vida se halla invertido: los objetos que procuran sus más vivos deleites á los que se hallan exentos de esta pasión, causan los sufrimientos más agudos á las personas sometidas á su influjo. Todas las virtudes, todas las perfecciones que descubren en sus semejantes, les son odiosas: la juventud, la belleza, el valor, la sabiduría, inspiran tedio, causan hondo dolor al envidioso. ¡Cuán desgraciada situación es la suya! ¡Sentirse ofendido con la bondad, y aborrecer á un hombre porque es ensalzado!

La condición del envidioso es muy digna de compasión: en su pecho se hallan reunidos en triste consorcio el orgullo con la impotencia, el egoísmo con la vanidad: el envidioso es un usurero de ideas y sentimientos: codicia las rentas morales de los demás hombres, y si por acaso goza él de algunas, las hace improductivas para los demás, las esteriliza hasta respecto de sí mismo; no solo es incapaz de gozarse en los méritos ó triunfos ajenos, sino que vive en un mundo en el que la humanidad entera está en perpetua conspiración contra él, trabajando en su progreso y prosperidad. ¡Oh! ¡los suplicios de Tantalos y Prometeo son placeres, si se comparan con las angustias del envidioso!

Y es lo más horrible, que el consuelo de sus penas solo lo halla en los sufrimientos de los demás hombres. Los lunares, los defectos, las imperfecciones que descubren en los caracteres elevados, en las grandes almas, son lenitivo á su pesar, alivio á su padecer, son las vergonzantes y secretas dichas del envidioso. Las faltas ajenas son la corona de sus triunfos: la degradación completa de la humanidad sería su apoteosis. Sonríe cuando un hombre honrado comete un desliz ó una acción indigna, ó cuando un lauro legítimo ha de repartirse entre muchos, porque mientras menos cantidad de gloria toque á cada uno, considera que todos ellos se han levantado poco de su nivel, que los tiene muy cerca de sí. Y esto se explica fácilmente: esto consiste en que para el envidioso no hay más que un criterio: el de las comparaciones.

Si se publica un libro excelente, un bello poema sin nombre de autor, los ingenios mediocres, incapaces de escribirlo, comienzan á morder implacablemente al escritor anónimo. Si no logran nada por semejante medio, cambian de plan y se esfuerzan en rebatir la opinión que se les atribuye. Son también por este lado inútiles sus esfuerzos; pues apelan á desvirtuar su mérito repartiendo, diciendo que uno le ha revisado y corregido, que otro ha escrito en él muchas páginas. Y al cabo, después de tantas vueltas y revueltas, después de agotar muchos recursos, se hallan como al principio, no siendo los envidiosos sus autores, y el libro con indisputable valor.

Pero su recurso más común en casos semejantes consiste en favorecer el anónimo, para evitar de esa suerte que recaiga la gloria sobre persona determinada. El envidioso desarruga el ceño cuando al oír la historia de un hombre afortunado bajo cierto aspecto, se indica su malestar bajo otro diferente: cuando oye que tal persona es rica, palidece; pero al punto se reanima si se añade que tiene muchos hijos. En una palabra, el único medio seguro de conseguir el favor del envidioso, consiste en no merecerlo.

Cuando se quiera considerar á este desventurado en sus fugaces momentos de felicidad, es menester recordar la mansion de un gigante de novela: la magnificencia de su casa la constituyen los amontonados miembros de los hombres que ha despedazado. Si alguno, que prometió salir airoso en una empresa extraordinaria fracasa en ella, ó si aquel que se había propuesto algún fin útil y laudable, tropieza con el

desprecio y el escarnio, el envidioso, fingiendo odiar la vanagloria, celebra interiormente el mal efecto que puede producir en lo sucesivo sobre toda noble ambición.

III.

Oficio de la razón y la filosofía es modificar y calmar las pasiones del alma, ó darles la vigorosa dirección que dicta la inteligencia.

Con este plausible fin, debe fijarse la vista en las progresivas inclinaciones de la juventud para tratar de evitar que se acostumbre á satisfacer esos sentimientos, que podrían mortificarla todavía con mas intensidad, á medida que avanza por los senderos de la vida.

Muy difícil es corregir la pasión de la envidia; parece que la naturaleza ha condenado al envidioso á perpetuo sufrimiento, tanto á causa de los bienes ajenos, como por el menosprecio con que contemplan los que ellos mismos poseen. Una educación esmerada é inteligente puede corregir en su origen esta torcida tendencia de sentimientos. Los padres, á la par con los maestros, deben combatirla con sumo cuidado, apenas empieza á insinuarse en los niños; y desde que aparece el primer síntoma de esta devoradora y funesta pasión, deben procurar despertar en su pecho, primero el sentimiento de la justicia, y luego el de la benevolencia, haciéndoles comprender con razonamientos y ejemplos que la envidia hace muy desgraciado al que se deja dominar por esta triste afición, que frecuentemente no tiene fundamento; porque ¿cuántas veces no serán desgraciados aquellos á quienes, por juzgarlos felices, envidian?

Suele suceder que los padres observan con sus hijos una conducta diametralmente opuesta á la que deberían seguir, pues á veces, queriendo despertar en ellos una justa emulación, lo que logran es suscitar en su alma el sentimiento de la envidia, que ha de ser mas tarde el torcedor constante de su desdichada existencia.

Referiremos ahora un caso que cuenta una persona filantrópica. Puede servir de ejemplo para algun otro análogo, y para buscar el origen del mal á fin de aplicarle el oportuno remedio segun las circunstancias.

«Tengo ahora á mi cuidado, dice, un caballero jóven que me ha comunicado poco há, que era el mas miserablemente envidioso de todos los mortales. Quise conocer las circunstancias de su padecimiento, y con un suspiro que hubiera conmovido el pecho mas empedernido; caballero, me dijo, soy sobrino de una persona que posee una gran fortuna, y á cuyo favor aspiro con mi primo, que tiene iguales pretensiones. Este pariente mio es un jóven del mérito mas relevante que pueda ser imaginado, y posee un corazón tan tierno y generoso, que puedo observar que paga mi envidia con compasión. Me guarda constantemente las mayores atenciones, y no puedo menos de conocer el pesar que le causa ver cómo gasta mi vida esta devorante pasión, aunque se dirige contra él mismo. En presencia de mi tío, cuando estoy en la habitación, nunca habla de la perfección que sabe, sino que disimula su talento por consideración hácia mí. Pido pues á Vd. encarecidamente que me instruya acerca de lo que debo hacer para quererle como yo sé que él me quiere. Y además, ruego á Vd. que inspire rectitud á mi corazón, si es posible, á fin de que no le cause tormento lo que debe agradarle, ó aborrezca al hombre, cuya conducta no pueda menos de aprobar.

Hizome el paciente esta relación con tanto candor y espontaneidad, que al punto concebí esperanzas de curarle, porque en las enfermedades del espíritu, la persona atacada se halla medio restablecida desde el momento en que conoce su enfermedad. — Jóven, le contesté, el convencimiento que tenéis del mérito de vuestro pariente es un síntoma que me inspira mucha confianza, porque es propio de las personas que padecen este mal, cuando son incurables, tratar de despreciar la persona envidiada, cuando tienen esa debilidad. El hombre que es realmente envidioso, no concederá que lo es; porque semejante acusación le atormenta con la reflexión que hace de que envidiar á un hombre es reconocerlo superior á sí mismo. Mas en vuestro caso, si examináis el fondo de vuestro pecho, me parece que podreis descubrir que es avaricia lo que juzgais envidia.

Si no fundárais los dos iguales esperanzas en el mismo hombre, contemplaríais con satisfacción, con deleite, las prendas de vuestro primo. Ahora lo considerais como un obstáculo á vuestros intereses, y si no fuese eso, lo miraríais como un ornamento de vuestra familia.

Observé que mi paciente se repuso un tanto, y me confesó que confiaba en que yo imaginaba bien, puesto que en todas partes, menos en aquella en que era su rival, gozaba con su compañía.

Esta fué la primera conferencia que celebramos acerca de esta enfermedad, y no dudó ya que despues de dos ó tres mas cambiaré por grados su envidia en justa emulación.»

Una envidia, como la que acabo de describir, puede penetrar en un alma cándida: pero la envidia que pone mal al hombre consigo mismo y sus semejantes, es cierta perversión en la organización, que le impide gozar con todo aquello que no le pertenece, por mas que haya belleza ó perfección en ello. La considero como un destempe del espíritu, en el que el hombre no puede discernir la parte agradable del asunto en cuestión. Por lo cual, miró los hombres de buena naturaleza, dotados con cierto discernimiento, de que se halla privado el envidioso. Talentos mediocres, superficiales críticos y necios afectados, son en mi concepto otros

tantos ciegos respecto de la belleza. No descubren mas que faltas y lunares; y no ven ciertamente lo que es digno de ser visto.

Un cuadro acabado les parece un mal bosquejo: un poema excelente, una mala composición: no ven en arquitectura nada que les parezca regular, ni oyen música que no esté fuera de tono. Deberian considerar que su envidia les presenta deformes todas las cosas, y que la fealdad no está en el objeto, sino en su ojo.

Y por lo que respecta á las almas elevadas, cuyo mérito, ó no es descubierto, ó es mal explicado por la parte envidiosa de la humanidad, deberian estas contemplar á sus detractores mas bien con lástima que con indignación. No puede un hombre concebir una idea de perfección en otro, sin que haya sido sensible á ella en sí mismo. Preguntado un ciego de nacimiento que creia que era la escarlata, respondió que se la figuraba como el ruido de una trompeta. Se veía obligado á formar concepto de las ideas que no tenia, por las que tenia. De la misma manera, pregúntese á un envidioso qué piensa de la virtud y la llamará designio; qué le parece un buen natural, y contestará que es estupidez. La diferencia consiste en que así como la persona arriba mencionada habia nacido ciega, los envidiosos han contraído esa enfermedad y se hallan envueltos en una especie de ceguera adquirida. Así el demonio de Milton, aunque hecho ángel de luz, no podía ver nada que le agradase ni aun en el paraíso, y por eso aborreció á nuestros primeros padres antes de que perdiesen el estado de la inocencia.

¡Puede darse cosa mas interesante que alejar esa plaga del corazón humano!

J. L. ESPAÑA.

El día de Difuntos.

*Pallida mors æquo pulsat pede  
Pauperum tabernas, regumque turres.*

HORAT.

Venid, llegad, mundanos,  
A la mansion de paz y de reposo:  
No turbeis inhumanos  
Con acento orgulloso  
Su silencio profundo y misterioso.

Llegad, y de la tumba  
Mirad el seno cóncavo y oscuro,  
Y mientras el viento zumba  
En el ruinoso muro,  
Hundid las frentes en el polvo impuro.

Venid, que la sagrada  
Verdad ante la vista se presenta:  
La muerte descarnada,  
Muda y pálida ostenta  
Su faz horrible, su segur sangrienta.

Venid, venid ahora  
Que en silencio descansa la natura:  
Venid, llegó la hora  
De contemplar la dura  
Realidad de la vida y su locura.

Escuchad ese lento  
Gemido que rasgó la niebla fria;  
Es el medroso viento  
Que en la arboleda umbria  
Silba y remeda un grito de agonía.

Con planta temerosa  
Llegad ante la huesa carcomida;  
Fantasma pavorosa  
De tinieblas vestida  
Vela al dintel la tumba ennegrecida.

Contemplad silenciosos  
Del hombre los despojos esparcidos:  
Meditad pesarosos,  
Tristes y conmovidos,  
En lo que habeis de ser ¡ay! convertidos.

¡Miseria y espantable  
Realidad con la vida comparada!  
La parca inexorable  
Con su segur airada  
Todo lo torna en ilusión, en nada...

¿Qué vale la grandeza  
Contra el poder de la invencible muerte?...  
¿Qué vale la riqueza?  
¿Qué puede el brazo fuerte  
Si ante ella queda anonadado, inerte?...

Todo, todo destruye  
Su soplo abrasador y enfurecido:  
Y mientras el tiempo huye  
Rápido y atrevido,  
Generaciones hunde en el olvido.

Ven, monarca orgulloso,  
A quien halaga la fugaz ventura  
De un mundo vanidoso:  
Contempla con pavora,  
Que tu trono es aquí la sepultura.

Que toda tu grandeza  
Que te brinda placer brillante y vario,  
La muerte con presteza  
En lecho funerario  
Envolverá en su lúgubre sudario,

Llega marcial guerrero,  
Que ciñes el laurel de la victoria  
Indómito, altanero;  
Mira, mira tu gloria  
Deshecha en polvo y deleznable escoria.  
Tú que ayer en el mundo  
Mostrabas tu arrogancia y energía,  
Hoy en el lodo inmundo  
Duermes en la sombra  
Mansion estrecha de la tumba fria.

Y tú, mujer hermosa,  
Que ostentas fatua tu sin par belleza,  
Ven, y ante aquesta fosa  
Que hundirá tu altiveza,  
Dobla tu frente, humilla tu cabeza.

¿Dónde está la sonrisa  
Que animaba tus labios seductores,  
Suave como la brisa  
Que en la estación de amores  
Susurra rumorosa entre las flores?

¿Dónde está la frescura  
De tus mejillas de marfil y rosa?...  
¿Dónde está la dulzura  
De tu voz melodiosa  
Que un tiempo resonara cadenciosa?

¡Ay pobre flor nacida  
Para ser por el viento deshojada  
Y en polvo convertida!...  
¡Pobre flor marchitada,  
Por furioso aquilon arrebatada!

¿Qué es del hombre la vida?  
Fragil barquilla que al correr la suerte  
En mar embravecida,  
Impulsa el Noto fuerte  
A las playas terribles de la muerte.

Y allí desmantelada,  
Rotó ya su velámen y esparcido  
Por la onda alterada,  
Yace en eterno olvido:  
¡Ni un recuerdo quedó de lo que ha sido!

Venid, llegad, mundanos,  
A la mansion de paz y de reposo:  
No turbeis inhumanos  
Con acento orgulloso,  
Su silencio profundo y misterioso.

Abandonad, mortales,  
La falsa pompa y la inquietud mundana:  
¡Tal vez los funerales  
Ecos de la campana,  
En vuestra muerte sonarán mañana!

Tal vez mañana el viento  
Gemirá en vuestra tumba pavoroso  
Con fúnebre concento:  
Todo será reposo:  
Todo también silencio majestuoso.

RICARDO CARDELUZ Y JURADO.

Inauguración

DEL NUEVO PUENTE DE COLONIA.

Se acaba de inaugurar en Colonia, con mucha solemnidad, el nuevo puente fijo destinado á reemplazar el antiguo puente volante que pone en comunicacion la ciudad y el arrabal de Deutz, en la orilla derecha del Rhin. Para esto habian elegido el día aniversario del nacimiento del rey, á fin de dar mas brillo á esta fiesta. El puente es una hermosa obra que figurará entre los principales monumentos de la población. Era tiempo en verdad de que se pensara en reemplazar el puente de barcas que conduce á Deutz, que es el sitio de recreo de los habitantes de Colonia.

Los jardines públicos y los cafés, que abundan en ese arrabal, son durante el verano el punto de reunión de la juventud de Colonia, que entre todas las diversiones elige con preferencia la música, la cerveza y el vals prusiano.

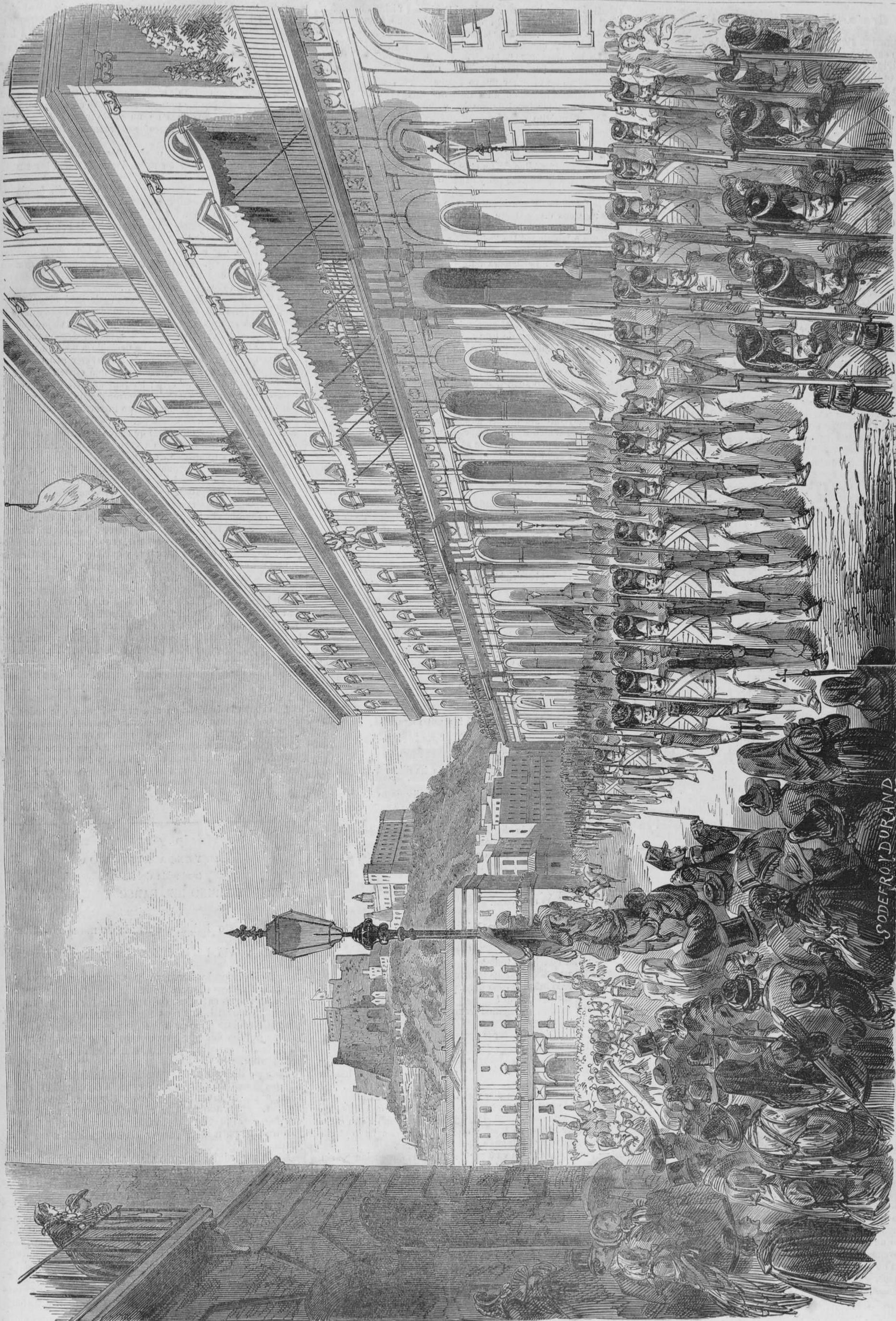
Deutz, rodeado de obras de fortificación, es la cabeza del puente de Colonia, que presenta un sistema de defensa completo con su fortaleza, sus murallas y sus torres interiores y exteriores. Entre los recuerdos históricos de la ciudad, se presenta en primer término la memoria de las once mil vírgenes de Colonia, cuyos huesos enseñan. La madre de Luis XIII, María de Médicis, desterrada por instigación de Richelieu, despues de haber errado algun tiempo, se fué á morir miserablemente á Colonia, en la misma casa donde habia nacido Rubens, que habia pintado para ella la galería del palacio del Luxemburgo.

La inauguración del nuevo puente tuvo lugar en presencia de S. A. R. el príncipe Adalberto de Prusia con el ceremonial ordinario y los discursos de uso. Por la noche un bonito castillo de pólvora cerró el programa de la fiesta. — Durante todo el día el paso del puente fué gratuito, por consiguiente estuvieron muy concurridos los cafés de Deutz, donde se vende una cerveza que inspira mucha alegría.

L. R.



INAUGURACION DEL PUENTE DE COLONIA.



FIESTA DE PIEDIGROTTA EN NAPOLES.

S. ODEFRO' DURAND

### La fiesta de Piedigrotta en Nápoles.

La gran fiesta popular de Nápoles es la de Piedigrotta que se celebra el 8 de setiembre, y que fué instituida por Carlos de Borbon de España. Esta fiesta de la Madonna tenía en 1839 un interés mas para las poblaciones de las provincias; era la primera vez que el joven monarca iba á la romería desde su advenimiento al trono; la joven reina sobre todo atraía las miradas de la muchedumbre.

Desde el amanecer el cañon de San Telmo anunciaba el principio de la fiesta; los curiosos acudían en masa al camino que debía recorrer el cortejo real, el muelle de Santa Lucía, la Chiaja y la Villa Reale que se abandona ese día á los curiosos. Bajo la sombra de sus verdes encinas la muchedumbre de forasteros improvisa su campamento; se encienden hogueras en muchos puntos, y las mujeres preparan los macarrones.

Durante este tiempo los hombres y los niños envueltos en sus capas duermen aquí y allá, ó contemplan silenciosamente los vapores que se elevan del Vesubio; mas lejos los improvisadores de traje grotesco cuentan las hazañas del *cavaliere Rinaldo Rinaldini*. Todo el mundo está ocupado, y es muy curioso el ver á esa población alegre apiñándose al rededor de la iglesia de Piedigrotta á la entrada de la gruta del Pausilippo, llena de peregrinos con el cura y el estandarte á su cabeza, y con inmensas guirnalda de frutas. La importancia de esta solemnidad es tan grande á los ojos de los campesinos de las cercanías de Nápoles, que las jóvenes al casarse ponen por condicion que sus maridos las llevarán á la romería todos los años.

Otra vez resuena el cañon; los regimientos con la banda de música á la cabeza se dirigen hácia el palacio del rey, y comienza el desfile á la una de la tarde; el rey, la corte, los ministros y los generales ocupan los grandes balcones del palacio que miran á la plaza y á la *strada del Gigante*. Las masas se ponen en movimiento en el orden siguiente: la caballería, la infantería de la guardia, la artillería, los cazadores, unos cuarenta mil hombres procedentes de Capua, de Gaeta y de otros puntos del reino; pero hay pocas tropas suizas. Es la primera vez desde hace treinta y cuatro años que no concurren al brillo de la fiesta, donde se tenia costumbre de admirar su hermoso uniforme y su excelente aspecto militar. Terminado el desfile, las tropas van á formarse en batalla en las calles por donde debe pasar el cortejo; las carrozas de la corte resplandecientes de dorados y con tiros de soberbios caballos ricamente enjaezados, se adelantan al paso hácia el lugar de la romería. Cada coche no contiene mas que una persona de la familia real.

El mismo orden se observa al regreso. Las tropas se vuelven á sus cuarteles; la ciudad se llena de iluminaciones; las orquestas mezclan sus acordes con los gritos populares que acompañan las detonaciones de los fuegos artificiales; se organizan los bailes; el tamboril resuena hasta en los sitios mas recónditos de la capital; es un tumulto que aturde los oídos.

Sin embargo, á pesar de esa agitacion no se suscitan contiendas; la tarantula, ese baile nacional ocupa á toda la población, y las bailarinas se embriagan con las castañuelas. Al ver la alegría de los napolitanos en esa fiesta, se creeria que constituyen el pueblo mas feliz del mundo. La necesidad de divertirse es tan imperiosa en esa ciudad italiana, que cada calle posee un día de fiesta. Poco á poco sin embargo los bailes se acaban; todo va entrando en el silencio, y la ciudad entera se abandona al descanso.

L. L.

### Revista de Paris.

Todavía no podemos decir: Paris está en Paris; y sin embargo tenemos hace días el sol de otoño: la naturaleza se despoja de sus galas, la gente se viste de invierno, el campo se va quedando desierto de sus huéspedes de verano, se cierran las casas de recreo, se aumenta la población de las grandes ciudades, y se habla de la inauguración de los salones, de bailes, de conciertos y de comedias caseras, la diversion de sociedad mas á la moda en estos últimos años.

Pero de todos modos no ha finalizado definitivamente la época de la permanencia en el campo, por la razon de que estamos en tiempo de caza. Van á comenzar las cacerías imperiales de Compiègne, y se dice en voz baja que el emperador Francisco José hará una visita á Napoleon en esa residencia de otoño; si así fuera, las fiestas de este año en Compiègne serian brillantísimas, porque los franceses, sin duda porque entra muy poco en sus costumbres la hospitalidad franca y espontánea como la entendemos nosotros, cuando quieren ser hospitalarios lo son espléndidamente.

Mientras llegan esas diversiones imperiales reservadas á unos cuantos cazadores privilegiados, los aficionados á las carreras de caballos se entregan á su pasión favorita en los hipódromos de Chantilly y del bosque de Boulogne. Exceptuando las partes interesadas y los que siguen con un empeño sostenido los perfeccionamientos de la raza caballar en Francia, se puede decir sin temor de equivocarse que los hombres acuden allí para hacer apuestas y las mujeres para ser vistas. En tanto que los caballos corren y los jockeys trabajan con pies y manos, los amos apuestan y las damas ofrecen el espectáculo de su opulencia.

Los jóvenes que asisten á estas reuniones hípicas á caballo ó en silla de posta, llegan todos de Alemania, de Bélgica ó de los Pirineos, y traen una bonita colección de aventuras que en el momento de la inauguración de los salones, cuando

todavía no se han organizado ni los bailes ni las demás fiestas de sociedad, servirán de entretenimiento á los parisenses. Ya han llegado á nuestros oídos algunas de ellas, y entre todas la mas curiosa es la siguiente:

La baronesa de\*\*\*, joven de veinte y cinco años, bastante celebrada en Paris por su hermosura, enviudó hace tres años y resolvió no contraer nuevo enlace.

Con pocos meses de diferencia dos amigas suyas vinieron á experimentar igual desgracia, y habiendo formado como ella el propósito de no casarse en segundas nupcias, decidieron vivir en comun para disfrutar de las ventajas que ofrece la vida libre á las viudas consoladas ya de la pérdida de sus maridos.

Era este el núcleo de un círculo de viudas consoladas, que habria podido extenderse y llegar á ser una corporacion respetable.

La baronesa y sus dos amigas se daban una vida espléndida; palcos en la Opera y en los Italianos, coches, suntuosa habitacion, casa de campo á algunas leguas de Paris, excursiones á Baden y á los Pirineos, nada les faltaba.

Este año se hallaban establecidas en Baden, donde por su lujo y por su hermosura hubieron de llamar la atencion de varios jóvenes de esos que se hallan en todas partes donde puede haber esperanzas de contraer un buen matrimonio bajo el punto de vista metálico.

Inmediatamente se concertó el ataque.

Se informaron, y al corriente ya de las ideas de las tres viudas, dispusieron de este modo su plan de campaña, cuando ellas se hallaban ya solas en su casa de campo.

Uno de los lacayos de la baronesa recibió una carta cuyo contenido era el siguiente:

«Si el lacayo Juan quiere hallarse á las once de la noche en la taberna de... se le hará una proposicion muy ventajosa, y á fin de probarle que esta carta, aunque no lleva firma, está muy distante de ser una burla, se le envia adjunto un billete de Banco de cien francos, que será suyo aun cuando no acepte la proposicion que se le haga. Inútil es advertir que el lacayo Juan guardará el secreto sobre este asunto, en el que puede ganar muchísimo sin exponerse á perder nada.»

El lacayo dió cien vueltas al billete, le cambió por cinco monedas de oro para persuadirse de que era bueno, y acudió á la cita con toda exactitud.

Un mozo de la taberna le llevó al cuarto mejor de la casa, donde le esperaba un joven elegante junto á una mesa puesta con dos cubiertos.

— ¿Eres Juan el lacayo? preguntó el desconocido.

— Sí, señor.

— ¿Y estás al servicio de la baronesa de \*\*\*?

— Desde hace año y medio.

— ¿Has recibido mi carta?

— Justamente, puesto que estoy aquí.

— Es verdad; siéntate y hablaremos cenando.

El lacayo que creía soñar, se sentó y no tardó en convenirse de que no soñaba.

— Juan, exclamó el desconocido, tienes bastante entendimiento para comprender que no he venido aquí con la única idea de cenar contigo; y sobre todo debes pensar que además de la cena no te habria regalado de antemano cien francos si no te necesitara.

— Todo eso lo comprendo á las mil maravillas, repuso el lacayo que habia recobrado ya la insolencia peculiar á la gente de su clase.

— Entonces supones...

— No spongo mas que lo que me ha dicho Vd., que me necesita.

— Bueno; y en ese caso ¿te hallarías dispuesto á servirme?

— Sí, señor; pero advierto á Vd. que yo vendo caros mis servicios.

— Eso se llama hablar con franqueza; me gusta. Pues yo con igual claridad voy á decirte sin mas pormenores oratorios que estoy interesado en que te despida la baronesa, ó si no, que salgas tú voluntariamente de su casa.

— Eso vale mil francos.

— Corriente: los tendrás.

— Y además otra cosa.

— ¿Cuál es?

— La condicion de que Vd. me buscará acomodo en otra casa.

— Acordado.

— ¿Está concluido todo?

— No; necesito algunos informes...

— ¡Ah! los informes los daré, pero se pagan por separado.

— ¿Cuál es el precio?

— Pondremos quinientos francos, y creo que no ganaré nada.

— Corriente: pagaré esa suma.

— Estoy á sus órdenes de Vd.: sepamos el negocio.

El desconocido y el lacayo hablaron como media hora, y al separarse parecían estar muy de acuerdo en lo que habian tratado.

Tres dias despues la baronesa llamó precipitadamente á sus amigas para anunciarlas que sin saber por qué todos los criados de la casa la habian dirigido su dimision en una carta firmada por el lacayo Juan, y que se habian marchado ya sin querer responder á ninguna de sus preguntas.

— ¡Dios mio! ¿Qué va á ser de nosotras sin cocinero, sin cochera y sin ayuda de cámara?

— Sin nadie, exclamó la baronesa, porque hasta el jardinero y los mozos de la cuadra han huido como si aquí se hubiese declarado el cólera.

— Tendremos que volver corriendo á Paris.

— Felizmente no hay que apelar á tal estremidad, dijo la baronesa; el cielo ha querido protegernos en tan criticas circunstancias.

— ¿Cómo pues? preguntaron con ansiedad las dos amigas.

— Enviándonos tres nuevos criados como si cayeran de las nubes, y que á juzgar por sus apariencias nos harán olvidar muy pronto á los que se han marchado.

Estos tres criados que entraron tan oportunamente al servicio de las tres viudas, eran los jóvenes de Baden, tres de esos cazadores de dotes que siguen la pista lo mismo á las solteras que á las viudas cuando la presa es digna de sus garras.

Los tres pretendientes disfrazados de lacayos piensan hacer muchas heroicidades, hasta prender fuego á la casa de las viudas para arrancarlas de las llamas, segun cuenta la persona á quien debemos los pormenores de esta crónica; pero esto es sino lo gran sus fines de un modo menos violento. — Hasta ahora no sabemos mas que el preámbulo de la estratagemata.

Hé aquí para concluir la relacion de un rasgo de audacia como se ven pocos, aun en Paris donde abundan los lances de este genero.

El lunes último se presentaba en casa de un alto funcionario del Estado un joven que llevaba el uniforme de teniente con la cinta encarnada.

El empleado le recibió, y el desconocido le habló en estos términos:

— El paso que doy en este momento me cuesta mucho, pero creo que Vd. me disimulará cuando sepa cuán grande es el apuro en que me hallo.

— Diga Vd. si yo puedo servirle...

— He corrido á tales y cuales casas (y designó algunas que eran bien conocidas del funcionario público), pero soy desgraciado á mas no poder, todo el mundo está de viaje ó en el campo. No sabiendo ya á quien recurrir, desesperado y á punto de hacer una locura, me he decidido á dirigirme á Vd., porque he oido muchos elogios de su carácter generoso...

— Muy bien, muy bien, deseo saber qué espera Vd. de mí.

— En dos palabras es esto: he tomado cien francos en la caja de mi regimiento que debo entregar esta tarde, y el dinero con que contaba para ello no lo recibí hasta dentro de tres dias. Esta tarde estaré perdido, deshonrado; mi nombre, mi charretera y esta cinta que llevo le dicen á Vd. el único partido que debo tomar en caso semejante; mi vida depende de Vd., y espero su sentencia.

Ignoramos si el funcionario vaciló largo tiempo, si pidió informes ó mas explicaciones; pero lo cierto es que sacó un billete de mil francos y le entregó al desconocido.

Al otro dia recibia una carta cuyo contenido es el siguiente:

«No soy oficial ni estoy condecorado; ha sido Vd. victima de una farsa, y temo no poder devolver á Vd. los mil francos que me ha prestado. No obstante, creo que no están perdidos: mi familia es muy honrada, y quizá querrá hacerse cargo de mi compromiso. Vea Vd. á mis padres (y daba las señas de la casa en donde vivian); yo corro á embarcarme para América.»

El funcionario público se dirigió al domicilio que indicaba la carta, y con efecto encontró á la familia del estafador, una familia numerosa compuesta de artesanos.

El jefe de la casa le dijo que no le sorprendia aquella nueva locura de su hijo; que este habia pasado su vida haciendo calaveradas; que habia sentado plaza de soldado, pero que habia sido preciso meterle en un encierro, de donde se habia escapado, y que ellos hacia mucho tiempo ya que no le habian visto.

El engañado hablaba en alta voz y juraba que todos los rigores de la ley caerian sobre la cabeza del culpable; pero la madre lloraba y suplicaba en nombre de la buena reputacion de sus hijas, en nombre del honor de su pobre casa.

Toda la familia se habia reunido allí, y todos se habian arrojado á los piés del empleado; este hubo de ceder despues de haber recibido la promesa de que le pagarian como pudiesen y en un plazo largo.

MARIANO URRABIETA.

### Sacrificio y recompensa.

LEYENDA HISTÓRICA

traducida del francés

POR DON BRUNO DEL BARCO Y DE CARRANZA.

(Conclusion.)

Mientras esto hablaba oprimia la mano con tierna efusion.

María volvió hácia él los ojos y le miró con languidez.

Era el vizconde hermoso y apenas contaba veinte años. Los polvos blancos de la toilette, que aun conservaba entre sus cabellos, daban un realce maravilloso á su rostro varonil. Sus ojos negros estaban bañados de un tinte melancólico de indefinida sensibilidad. Su sonrisa se dejaba ver por entre el fino y elegante bigote: su talla era esbelta, y todo tenia en él un atractivo irresistible.

En aquella época, la muerte habia introducido en las prisiones de estado una especie de coquetería heroica entre la juventud noble de Francia. El vizconde Erman, preparado para ir al cadalso, estaba encantador; tenia el prestigio de la última hora; era en fin un joven ideal para una mujer de sentimientos no vulgares.

María recordaba haberle visto antes entre los grupos de presos, haberse fijado en él, y dicho para su interior en aquel entusiasmo incomprendible que solo hace brotar en el alma la sombra de la muerte:

— Si me fuera permitido vivir y encontrase en cualquier parte á este joven, le seguiria entre todos mi corazon; si dejo de existir, quisiera encontrarle en el cielo.

Mientras tanto el vizconde estrechaba entre sus manos las de María, y con voz dulce cual la brisa que susurra entre los árboles, proseguia:

— ¿No me respondes, Emilia? ¿No eres mi prometida, no eres mi esposa? ¡Ah! sí. Hace muchos años que no nos hemos visto; nuestra fisonomía podrá haber

cambiado; pero nuestro corazón no. Emilia, tú has habitado siempre en él y le has engrandecido. Yo os amaba y cifraba en vos mi única esperanza. ¿No habéis visto cuál he corrido á cumplir los deseos de vuestro padre? ¡Si supiérais los sueños que me han asaltado durante el camino!... ¡Qué porvenir! ¿Tembláis al oír esta palabra? ¿Teneis miedo? callaré... Acordémonos tan solo de nuestro pasado. Volvamos á nuestra primera edad... ¡Ah! ¡Dios mío! ¿porqué nos queda tan poco tiempo para recordarla?...

María no podía responder. No había tenido parte en aquellas diversiones; todos estos dorados recuerdos no eran mas que... recuerdos.

— Emilia, continuó el vizconde con una pasión que se revolaba en sus ojos, Emilia, creedme lo que os digo... pero ¿dónde estamos? Emilia, yo conservaba de vos un recuerdo encantador, allá en nuestra Bretaña, en medio de las continuas y rudas fatigas pensaba con frecuencia en vos, y aquel pensamiento era mi única alegría. Cuando llegó la ansiada carta de vuestro padre la recibí con alborozo. Todo lo abandoné inmediatamente para volar por tí. En el camino del suplicio tratadme, Emilia, como á extraño si quereis; pero aquí... Emilia, he hecho poco para amaros; pero dejadme amaros ahora; os amo con toda mi alma. ¿Te sonríes? Tú, tú eres la santa imagen que á lo lejos divisaba, flotando sobre las nacaradas nubes de mis sueños. Tú eres mi ideal, mi Emilia... Emilia, yo te amo...

Y cayendo de rodillas quedó el vizconde extasiado delante de María.

¡Oh! en aquel momento estaba muy hermosa la hermana de leche de Emilia.

Un rayo de sol penetrando por la bóveda de la prisión caía sobre su blonda cabellera esmaltándole con estrellas de oro. Jamás el azul de sus ojos había sido tan celestial. Las lágrimas de que estaban preñados en aquel instante, les daban un brillo, un encanto sobrehumano. El lirio y la rosa ligeramente estampados en su rostro, la prestaban esa fantástica apariencia de las vírgenes de Rafael, envolviéndola en ténues gasas de purpurinas ilusiones. No era una mujer, era un ángel.

## V.

Entre tanto María obligó á levantarse al vizconde haciéndole sentar á su lado en el banco. Su frente se cubrió con el velo del pudor, y echó una mirada escrutadora en torno suyo. No... nadie había notado el irreflexible movimiento, la agitación y la amante actitud de Erman.

La voz amenazadora del esbirro continuaba dejándose oír de tiempo en tiempo. Los demás prisioneros reunidos en diversos grupos en los diferentes ángulos del salón, no vivían mas que para sus propios temores, ó para sus propias esperanzas.

En medio de aquel tropel herido de muerte, estaban solos los dos jóvenes como si se hallasen sentados en las faldas de la montaña mas solitaria de su querida Normandía.

Apercibiéndose María de esto, y segura de su soledad, volvió el rostro á Erman. Por segunda vez quiso hablarle y abrió los labios para gritar al vizconde:

— No soy la que vos creéis... no soy Emilia.

Nuevamente la interrumpió el joven.

— ¡Emilia!... exclamó con acento de dolor mezclado con cierto tono de súplica; si existe entre los dos algún obstáculo que nos impide el vivir unidos, no me le reveles... ¡Emilia! aunque los gratos recuerdos, en que quiero mecarme hasta mi última hora no hubieran sido posibles en circunstancias ordinarias... ¡solo me resta un poco de tiempo para dormir!... ¡Sed buena, Emilia! ¡no me despertéis!

— ¡Señor vizconde!...

— ¡Emilia! ¡oh, yo os lo ruego: dejadme creer que vos sois la que me esperabais... que me amais... que os amo!... Los sentimientos ordinarios de la vida no existen ya para nosotros. Soñad, pues, Emilia... ¡mañana nuestro tálamo nupcial será el cadalso! Esta noche, la última noche de nuestra vida, es para nosotros la fiesta de los desposorios... Este el salón del sarao, que la muerte ofrece á nuestros castos amores. Los testigos no están alegres... ¡qué importa! será porque no encuentra mas que pureza en las expansiones de nuestro corazón, y la santa intimidad de nuestros cortos años. Haced de manera que nuestras almas puedan subir hasta Dios en el mismo momento confundida la una con la otra: que Dios mismo exclame mucho antes: « ¡se han visto y se han amado mas días que ayer!... ¡y no hace una hora que se conocen! » ¿Os sonreís, Emilia?... ¡Oh! si me fuera preciso renunciar á todas estas esperanzas, á todas estas locuras, de seguro moriría desesperado... Emilia, dejadme morir dichoso.

— Erman...

Y al punto añadió para sí:

— Pobre joven, ¿porqué he de desengañarle?... No sería mas culpable que dejándole en su error... ¡Si fuera tan amable que se separase!... ¡oh! no, no, yo no debo pretenderlo, yo no lo quiero...

Erman volvió á hablarle.

María dejó resbalar su mirada en los ojos de Erman, sintiéndose deliciosamente encantada, seráficamente conmovida. Despues cerrando los ojos á todas las miserias humanas, su espíritu se remontó á través del mundo ideal.

Dos voces se elevaban al cielo poco á poco en el sombrío silencio que llenaba de espesas tinieblas la inmensa sala de la prisión.

Estas voces frescas y armoniosas hirieron suavemente el oído de los demás prisioneros, quienes se acercaron paso á paso, escuchando en silencio, acabando por tomar parte en aquel coro angelical.

El vizconde de Brecourt les refirió en seguida la historia de sus amores, presentándoles con orgullo á la señora condesa. Aquella ceremonia fué una especie de consagración positiva de un matrimonio inmaterial.

En esta ocasión fué cuando María quiso protestar con mas energía y claridad; pero Erman estaba tan radiante de esperanza y de amor, que se sintió arrebatada por sus encantos.

Los demás condenados, hombres y mujeres, todos aplaudían tan extraño enlace, con una espontaneidad febril, con trasportes de júbilo indescriptibles.

Por aquel tiempo se conocía en Francia el heroísmo del cadalso. Todas aquellas personas debían formar parte de la ejecución del día siguiente; sin embargo nunca se vieron convidados de boda tan contentos y satisfechos.

Erman comunicaba á todos la exuberante alegría de su alma, la poética enagenación de su felicidad.

La joven esposa ni oía, ni veía, se abandonaba por completo, dejándose caer por la resbaladiza pendiente abierta á sus piés, y se engolfaba con placer en aquella atmósfera impregnada de perfumes. ¿Era todo aquello realidad? No. Era un sueño, nada mas que un sueño!...

Luego despertó atormentada por el sobresalto y la emoción. Acababa de dormirse reclinada en el seno palpitante de Erman.

El ruido de la fatal carreta despertó tambien á los compañeros de infortunio con su chirrido desgarrador.

## VI.

Cinco minutos despues Erman y María subieron uno en pos de otro al lúgubre carruaje.

Inútil sería designar por sus nombres propios á los condenados. Aquella carreta era un cuadro vivo de Muller con sus fatídicas sombras, con sus funerarias medias tintas. Tampoco es necesario describir la acompañada marcha hácia el patíbulo: era el Stell de Alfredo de Vigni.

Pronto llegó á la plaza de la Revolución la fatal carreta.

El vizconde de Brecourt iba sosteniendo en el camino de la eternidad la encantadora cabeza de María.

Por última vez estuvo á punto de declarárselo todo la heroica aldeana; pero se contuvo respondiendo á sus impulsos de esta manera:

— Tengo el derecho de dejarle morir dichoso y morir amada... ¿No voy á pagar con mi sangre esta heroicidad?

Una vuelta faltaba tan solo para que la carreta tocara al cadalso.

De repente el pueblo que se amontonaba en la plaza de la Revolución, que crecía como las olas del mar agitado por una violenta tempestad, arrancó el cadalso, le arrojó con fuerza sobre las ondas de carne humana cual si fuera una débil barquilla lanzada en el Océano.

— Basante! gritaban al mismo tiempo cincuenta mil voces: ¡basta de víctimas! ¡basta de sangre!

La cabeza de Robespierre acababa de rodar sobre la ensangrentada plataforma.

Minutos despues Erman y María estaban libres.

— ¡Emilia, querida Emilia!

— ¡Señor vizconde!... no habéis una palabra... seguidme.

Admirado, pero sumiso, la ofreció el brazo y comenzó á caminar.

María, la pobre María acababa de despertarse... descendía á la realidad... ¡Tú ya no podías ser Emilia!

Sin embargo, sola en presencia del que amaba no tenía valor para decirle: ¡no me améis!

Pronto llegaron al arrabal: se abrió la puerta de la boardilla, y María con voz dolorosamente conmovida, pero con aparente sonrisa en los labios, dijo:

— Señor vizconde, hé aquí la verdadera Emilia de Boger... Hé aquí vuestra prometida, vuestra esposa.

## VII.

Pocos meses habían trascurrido, las campanas de Boger daban al viento sus alegres sonidos.

La aldea se preparaba para una gran fiesta. La granja del bondadoso Gerbil sobre todo, parecía estallar de regocijo.

Se iba á celebrar la boda de Emilia de Boger con el vizconde de Brecourt.

Segun el pronóstico de María, la huérfana no tuvo que salir desterrada. Emilia volvió á la casa de su hermana de leche. El vizconde Erman acompañó á las jóvenes. Durante los primeros días no se trataba de otra cosa que del próximo matrimonio.

María era la primera que hablaba de ello.

— Señor vizconde, le decía la joven, teneis un compromiso sagrado que cumplir con la señorita de Boger. — Tendremos ambos valor para cumplir nuestra obligación!

María había informado de todo á su amiga.

La señorita de Boger se dirigió una tarde al vizconde en estos términos:

— Mi hermana de leche me ha dado cuenta de vuestras pretensiones. ¿Quereis que sea vuestra esposa desde el domingo próximo? Amigo mío, quisiera que se celebrase cuanto antes el matrimonio: deseo que sea el domingo próximo. ¿Qué os parece?

Erman no supo contestarla.

Durante toda la semana estuvo muy triste.

Llegó la víspera del gran día.

Desde el amanecer Erman había desaparecido.

Notábase que María estaba extremadamente pálida.

¡Ah! ¡era inmenso el amor de aquellas dos criaturas!

María no tuvo fuerzas para declarárselo á Emilia.

— Señora, vizcondesa de Brecourt, dijo entrando en la cámara de la condesa, creo que ya es hora de que os probeis vuestro traje de novia.

— Bueno, contestó Emilia despues de un breve silencio, pasando al cuarto del tocador.

Cosa rara: el traje de novia no estaba allí. Una fuerte carcajada se oyó resonar detrás de las jóvenes.

Volvieron la cabeza.

Era el tío Gerbil, que con ambas manos en los bolsillos saltaba como un niño, loco de júbilo.

— Tío, exclamó María, no sé qué noto en vuestro semblante: ¿quereis explicarnos el misterio de vuestra repentina alegría?

— Si tal, sobrina, replicó el viejo aldeano. Es muy sencillo, ¡vaya si es sencillo! Señorita, ¡con cuánto gusto he visto coser vuestro traje de boda! Pero hoy cada cual debe ocupar su lugar. Por eso el vestido de novia no está en la granja, sino que lo he mandado llevar al castillo... Tiempo es ya que la hija de nuestro señor vuelva á él.

— ¡Al castillo! ¿No sabéis que se ha confiscado y vendido?

— Y comprado... por mí en cambio de algunos asignados... ¡Pst! ¡una bagatela! Hé aquí la escritura de compra-venta. Nosotros todo se lo debemos á vuestro bondadoso padre, señorita Emilia. Y vos, hareis feliz al pobre Gerbil aceptando este corto regalo de boda.

— ¡Bien, tío, bien! respondió María arrojándose al cuello.

— Yo tambien quiero abrazaros, murmuró Emilia ruborizándose.

— ¡Ja, ja! gritó el aldeano con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos, habrá podido ser cobarde en tiempo del terror, habrá podido enterrar sus tesoros en la bodega... pero al fin en el fondo de su bolsillo tenía tambien oculto su corazón, y ahora ha tropezado con él.

Al oír estas palabras que tan bien podían aplicarse á Emilia, sintió esta un temblor casi imperceptible. Pronto se repuso, abrazó al viejo con una verdadera efusión de reconocimiento, y asiendo del brazo á María, dijo:

— Vamos, vamos al castillo.

Al cuarto de hora, Emilia se paseaba por la elegante habitación que ocupó en los felices tiempos de su padre.

Todo había sido respetuosamente conservado; todo estaba en su lugar. Emilia podía creer que había salido del castillo el día anterior.

Sentóse tristemente en un sillón y lloró...

— Vaya, Emilia, dijo María: escucha este proverbio normando: « El vestido blanco viste de alegría el corazón de las jóvenes. » Aquí traigo tu vestido de novia; póntele.

— Sí, sí; balbuceó la señorita de Boger, cuyo pensamiento estaba sin duda en otra parte... María, replicó con viveza; tenemos exactamente la misma estatura: ¿quiereis probarte ese traje? Creo que á tí te ha de sentar mejor. Veremos el efecto...

— ¡Emilia!

— Te lo suplico... lo quiero... te lo mando.

En seguida se puso el vestido. Emilia quiso además ceñir por sí misma el velo blanco á la rubia cabeza de María. Tras el velo la prendió una corona de flores de naranja, y despues en la cintura el ramillete.

— Estás así encantadora, exclamó abrazándola con cariño.

— ¡Emilia! tartamudeó María cada vez mas asombrada.

— ¡María! dijo entonces la señorita Boger tomando aire de dulce y tierna solemnidad; ¡María! yo te dejé ocupar mi puesto en el momento de ir al cadalso. Te hubiera dejado morir... No me interrumpas... ¡Estaba aterrada aquel día!... ¡oh! sí, ¡muy aterrada!... no lo haría hoy, no. El corazón de Erman te pertenece. ¡Tú tambien le amas! ¡Ocupa por segunda vez mi puesto sin remordimiento! Ahora es con mi permiso, con mi beneplácito. Yo te lo doy.

— ¡Emilia!...

— ¿Te atreverías á rehusar su amor delante de él? El vizconde estaba de pie en la puerta.

María dió un grito.

Lejos sin embargo de perder su energía con la inesperada presencia del que amaba, sintió reanimarse su valor: resolvió consumir su sacrificio, y tuvo la suficiente voluntad para rehusarle.

Erman quería seguir igualmente tan heroico ejemplo.

— Miradla, dijo Emilia; ¡mirad qué bella está!...

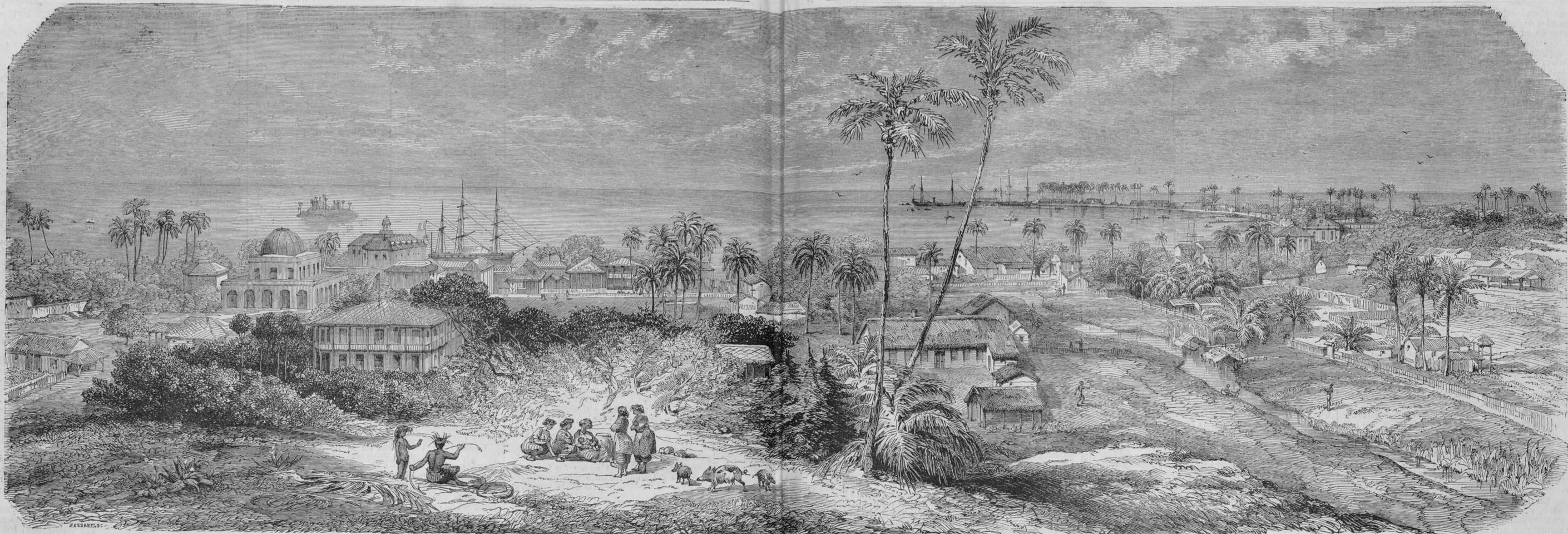
— ¡Jamás! interrumpió vivamente María arrancando al propio tiempo el ramillete de su cintura, y la corona nupcial de sus sienes. El no me ama... Yo no le amo... Vos os engañais, hermana mia. Mañana será vuestro marido.

— Mañana, añadió el joven, mañana, señorita de Boger, seréis la vizcondesa de Brecourt.

— Sea así; y pareció consentir en ello al decirlo. Lo será. Adios. Hasta mañana.

## VIII.

Al otro día tocaban á vuelo las campanas de la aldea. Todos esperaban á la novia.



TAITI. — VISTA DE PAPEETE.

La novia no parecía. Subieron á su habitación: la puerta estaba cerrada; se llamó... nada. Cansados de esperar forzaron la puerta algunos convidados... nadie. El cuarto estaba vacío: Erman y María cambiaron una mirada; se habían comprendido. Pasó un año esperando, un año entero. El día del aniversario llegaron al mismo tiempo dos cartas á la aldea.

En el sobre de la una se leía: « Al ciudadano Gerbil. » Dentro de ella se halló el acta de compra del castillo de Boger con estas palabras: « Hé aquí la dote de Madama de Brecourt. » La otra dirigida á María, estaba concebida en estos términos: « Convento de Kilmoore en Irlanda. — Querida hermana de leche, querida hermana: no puedo ser ya

esposa de Erman. No dejes que se estropee el vestido de novia que tan bien te sentaba. — EMILIA BOGER (en religion, SOR ANGELA. ) » A la mañana siguiente volvieron á sonar de nuevo las campanas de la parroquia. Esta vez fué para satisfacción de todos. El buen Gerbil tuvo con el tiempo sobrinas vizcondesas y sobrinos vizcondes de Brecourt.

Recuerdos de Taití.

Los taitianos, que no se deben confundir con los nukaivianos, no fueron nunca antropóagos; sus costumbres inocentes, su afición á las diversiones, y sobre todo la unidad del país hasta la ocupacion francesa, quitó todo pretexto á las luchas homicidas, cuyo fin en esos lugares no suele ser otro que la satisfacción de un horrible apetito.

En la vida ordinaria los kanaks se muestran sencillos y hospitalarios, sin llegar jamás á una familiaridad chocante; y aunque hayan aprendido á su costa lo que puede la cólera de los franceses, son los mismos hombres orgullosos y tristes; orgullosos de una independencia cuyo recuerdo no han podido perder aun, y tristes porque ese mismo recuerdo les inspira la melancolía.

Es un espectáculo muy curioso para un viajero, el ver la playa de Papeete, cuyo dibujo damos en esta página. Imagínese el lector en una de esas noches maravillosas que tanto abundan en ese país privilegiado por la naturaleza, muchos centenares de mujeres, por lo comun jóvenes y bonitas, que con los brazos enlazados corren, bailan y se entregan á las mil locuras propias de los años juveniles.

No llevan como antiguamente el traje de nuestros primeros padres. La isla era entonces su gabinete, y nadie anda en ceremonias cuando está en su gabinete. Pero así que se presentaron los extranjeros con trajes que los salvajes consideraron al pronto como parte integrante de su persona, se esparció el instinto de la coquetería.

El pudor no entraba por nada en esto; hoy como hace cien años, el pudor es un sentimiento desconocido en la isla.

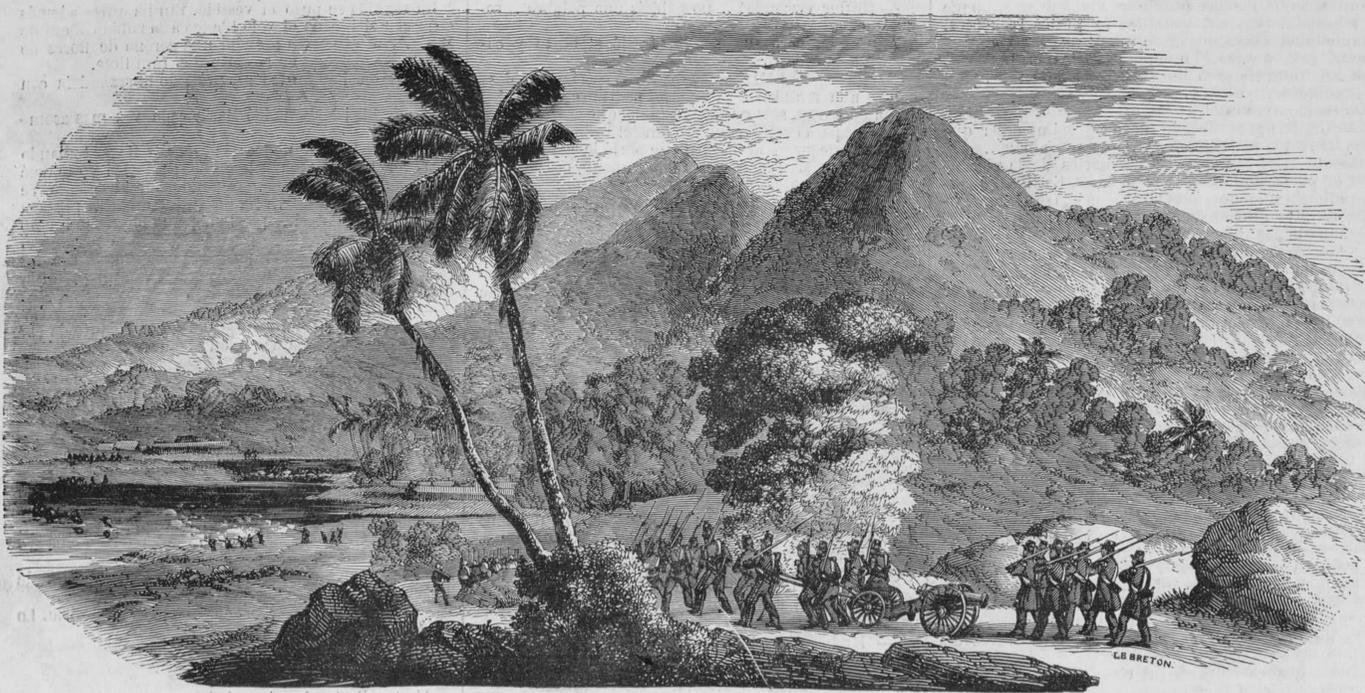
La vestidura sin embargo es muy sencilla; un gran peinador y un pedazo de tela en la cintura, tales son los únicos adornos de las mujeres. Sin duda han debido ganar en vestirse; tienen el andar tan solemne con ese peinador, que se pega á sus caderas vigorosas y robustas, que sin grandes esfuerzos de imaginacion se las tomaría por indolentes criollas cansadas de su opulencia, y que se entregan á los placeres inocentes.

No obstante, al acercarse á ellas, la ilusion se desvanece, se descubre como si dijéramos el pelo de la dehesa.

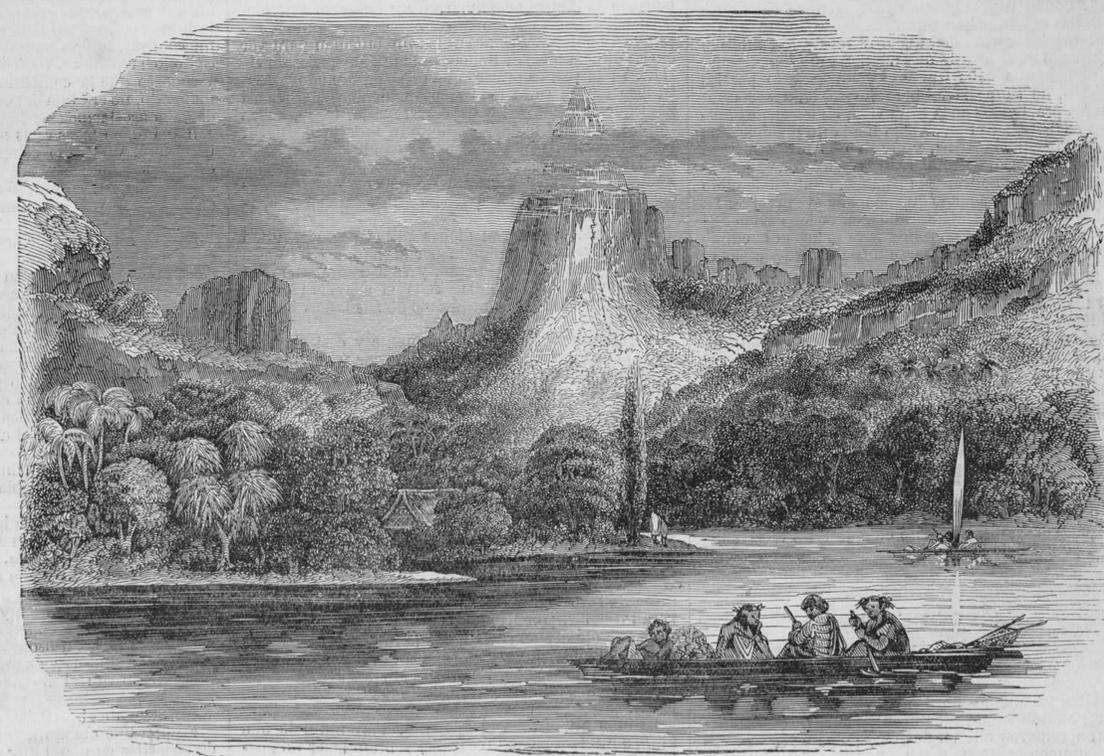
No hay alboroto que pueda compararse al de la gran fiesta de Papeete, cuando se reúnen allí los doce mil habitantes de la isla, para disfrutar de los placeres del baile, de la bebida y de un alimento nutritivo. Bailan hasta rendirse á los sonidos de una música monótona; muchos hombres y muchas mujeres se precipitan en medio de un círculo compuesto de músicos que cantan pegando con la pal-

ma de la mano en unos tambores muy curiosos hechos con piel de tiburón. Excitados por los extraños sonidos de ese instrumento, con el cinturón suelto, los cabellos despeinados é inflamados los ojos, ejecutan con un vigor incomparable los ademanes mas estrambóticos y las contorsiones mas exageradas. No se paran hasta que se caen, entonces los levantan y son reemplazados inmediatamente.

Esto es bien chocante cuando se considera que los kanaks pasan la vida en un *far niente* continuo. Su generosa tierra les suministra



TAITI. — EL VALLE DE FAUTAHUA.



TAITI. — LA BAHIA DE EYMEO, RESIDENCIA DE LA REINA POMARE EN LA EPOCA DE LA TOMA DE POSESION.

tra en abundancia los alimentos necesarios; el árbol del pan les da dos veces por año los frutos que forman la base de su alimento, y cuya preparación llamada *popoi* reemplaza el pan de nuestras comarcas. La carne es considerada como manjar de lujo, y solo se consume en las grandes fiestas públicas. El puerco es el único cuadrúpedo que sale á la mesa de los grandes del país; y es también el solo que pulula en la isla.

Esta seguridad acerca del porvenir hace á los taitianos holgazanes; una vez construida la cabaña, pasan los días tendidos sobre una estera con la cabeza apoyada en un árbol, que sirve de almohada á toda la familia, y duermen, fuman ó conversan esperando la hora de la comida, que varia segun su apetito.

Sin embargo, en ese país esencialmente aristocrático, hay tareas muy duras que imponen á veces jefes absolutos. Hombres muy flojos para andar, de miembros robustos, pero sin fuerza muscular, cargan entonces con pesados fardos, y suben y bajan los sitios mas peligrosos de la montaña, sin que se note en ellos ninguna señal de cansancio; pero una vez terminada su tarea, se entregan de nuevo á la pereza.

Los kanaks no se sientan nunca; descansan poniéndose en cuclillas, como se ve á las mujeres de nuestro dibujo. La limpieza es el único lujo de los habitantes, y debemos decir que son muy escrupulosos en el aseo. La isla entera está surcada de ríos y arroyos que llevan un agua límpida y clara, en la cual se bañan muchas veces por día.

Los hombres son soberbios, las mujeres son graciosas, algunas bonitas, y entre ellas se cita á la hija de la célebre Pomaré, cuyo matrimonio con Kameameah, rey de las islas Sandwich, se efectuó hace cuatro años.

Un volumen se necesitaria para describir detenidamente los usos y costumbres, los tipos y la naturaleza del astadero naval de los franceses en la Océania; por hoy no entraremos en la materia, limitándonos á dar algunas explicaciones sobre nuestros dibujos.

En el primero se distingue el palacio del gobernador francés en medio de las palmeras y de una vegetación floreciente. Es una casa grande construida de piedra y de madera, muy propia para un clima tan cálido. Un poco mas lejos á la izquierda, el edificio dominado por una cúpula de zinc sirve de palacio á los diputados taitianos. El edificio parece concluido, pero no aseguramos nosotros que se hayan reunido en él los diputados. A la orilla del mar se encuentran el Pósito y la casa de la reina Pomaré, adornada y amueblada á la europea. También la reina y su marido están á la europea; ella con corsé, calzado y un poco de crinolina; él con casaca y calzon de terciopelo azul con ricos bordados de oro, todo ello regalo del gobierno francés, con condicion de reemplazo cuando esté usado.

Lo restante del país se halla cubierto de cabañas caprichosamente establecidas segun la comodidad de sus habitantes.

La punta de tierra que se adelanta hácia el mar es seguramente la parte mas interesante de la isla. Gracias al celo de los gobernadores que se han sucedido en Taiti, se ha levantado allí como por encanto un verdadero arsenal marítimo. Esa punta llamada de *Favé-uté* encierra grandes almacenes, un astillero de construcción, fraguas, reservas, etc.

Otro de nuestros dibujos representa el valle de Fautahua, donde tuvo lugar en 1847 la toma del fuerte que decidió la sumisión completa de los insurrectos y la entera pacificación de la isla. El fuerte de Fautahua está situado en lo alto de una montaña muy escarpada. Por el lado que daba frente al valle ocupado por los franceses, no se podía subir al fuerte, sino por unos agujeros practicados en la peña viva, en los cuales apenas se podía poner el pié. Abajo habia un precipicio de mas de doscientos metros, y arriba una muralla recta también de unos doscientos metros de altura. El sendero, si se le puede aplicar esta palabra, estaba defendido por un reducto almenado que ocupaba el enemigo. La cumbre de la roca estaba también en poder del enemigo. Allí debió subir la columna para tomar al enemigo por la espalda, en tanto que se fingia un ataque por el otro lado.

Cuerdas y escalas de cuerdas amarradas á las plantas que salian de las grietas de las rocas, tal era el camino que debia seguir toda la columna. El pico tiene unos seiscientos metros de elevación, y de ellos debian andarse ciento cincuenta, levantándose los hombres á fuerza de puño, y sin tener para apoyar los piés mas que las rocas peladas ó algunas yerbas.

Los franceses subieron llevando el fusil á la espalda durante una parte del trayecto, y tomaron la posesión, á pesar del cansancio. Al punto el pabellon taitiano desapareció; y todos los que no se rindieron se fugaron.

A consecuencia de este hecho de armas, los jefes presentaron su sumisión en Papeete. — Nuestro último dibujo representa la bahía de Eyme, donde estaba la habitación de la reina Pomaré cuando los franceses tomaron posesión de la isla.

## LA JOVEN DE TREPPI.

(Continuacion.)

— Hace ya muchos años que debí fugarme de Florencia; bien lo sabes, fué durante las reyuelas políticas que reinaron allí largo tiempo. Soy abogado, conozco mucha gente, y escribo y recibo una masa de

cartas durante el año; además, soy de un carácter muy independiente y no ocultaba mi opinion cuando llegaba el caso de decirlo. Me aborrecian sin que nunca hubiera yo querido mezclarme en sus manejos secretos. Por fin tuve que expatriarme para evitar la cárcel y causas inútiles. Pasé á Bolonia y me puse á trabajar sin descanso, retirado del mundo, viendo á pocos hombres y sobre todo á pocas mujeres, pues de aquel loco que has conocido tan enamorado hace siete años, no ha quedado mas que esta cabeza, ó si quieres, este corazón que quisiera despedazarse cuando no se sale con la suya, y hoy ya no se trata de los cerrojos del cuarto de una jóven. Sin duda sabes también que en Bolonia ha habido agitación últimamente. Han preso hombres muy estimados, y entre ellos hay uno que conozco y que está inocente de todo lo que le acusan; pero querer mejorar por tales medios un gobierno malo, es como si echaras un lobo á las ovejas cuando están malas. Pero voy al grano; mi amigo me suplicó que le defendiera y salvé su libertad. Conocido el caso, un día en la calle un miserable me apostrofó y me llenó de injurias; para deshacerme de él tuve que pegarle, porque estaba ebrio, y no merecia otra respuesta. Entré en un café adonde me siguió un pariente de aquel hombre; este no habia bebido, pero estaba ebrio también de cólera y de odio; me pidió satisfacción por haber contestado á bofetones como un hombre bajo. Yo respondí moderándome cuanto podía, pues veía que todo aquello era promovido por el gobierno á fin de que hubiera un lance de cuyas resultas quedara libre de mi persona. Pero nos enredamos de palabras y al cabo vencieron mis enemigos; el duelo debió provocarse. Mi adversario dijo que nos batiríamos en Toscana, adonde él aseguraba que tenia que ir; yo consentí en ello, pues tiempo era ya de que un hombre razonable probara á los espíritus agitados que nuestra moderación no provenia de falta de valor, sino de falta de confianza en el buen éxito de las tramas secretas contra un gobierno tan fuerte. Anteayer cuando pedí mi pasaporte me le negaron diciéndome que tenian órden de la autoridad superior para obrar así; yo vi claramente que querian obligarme á sufrir la ignominia de haber evitado el duelo, ó á pasar la frontera con algun disfraz, bajo el cual me habrian cogido como en un lazo. De aquí habria resultado una causa que habrian hecho durar largo tiempo.

— ¡Miserables! ¡Impíos! exclamó la jóven cerrando los puños.

— No me quedaba otro partido que el de confiarme á los contrabandistas de Porreta, los que me han prometido que llegaremos mañana temprano á Pistoya. El duelo tendrá lugar por la tarde en una huerta fuera del pueblo.

Al oír estas palabras la jóven tomando una de las manos de Filippo entre las suyas y estrechandola con fuerza, exclamó:

— No vayas, Filippo, quieren asesinarle.

— Sin duda alguna, eso es lo que quieren; pero ¿cómo lo sabes tú?

— Lo siento aquí y aquí, contestó poniéndose el dedo en el corazón y en la frente.

— ¿Eres también una strega? continuó Filippo con una sonrisa. Si, hija mia, quieren asesinarle. Mi adversario es el mejor tirador de la Toscana; me han dispensado la honra de enviarme un enemigo terrible, pero no le hace; sin embargo, ¿quién sabe si no obrarán lealmente?... ¿Tienes quizá un talisman para ver eso en el porvenir?... De todos modos, de nada serviría... Ya lo ves, es preciso que dejes de abandonarte á tu loco amor; quizá todo esto ha debido suceder así para que antes de salir de este mundo, te dejara yo libre, libre de tí misma, libre de tu funesta fidelidad, pobre criatura. Mira, quizá no nos habriamos conocido. Tú conservabas tu fidelidad á otro Filippo, un atollado de palabras ligeras, sin mas cuidados que los del amor... ¿qué habrias hecho en el día con el solitario?

Estas palabras fueron dichas mitad para él, mitad para ella, y viniendo por la habitación; luego se acercó para tomar su mano, y se asustó al notar la expresión de su fisonomía. Toda la suavidad de sus facciones, todo el color encarnado de sus labios habian huido.

— ¡No me amas!... dijo lentamente y casi sin voz, como si otro ser hablara en su interior y ella no hiciera mas que escucharle. Entonces lanzó un grito que estuvo á punto de apagar la luz, y al cual respondió fuera un gruñido lúgubre del perro.

— ¡No, no me amas! gritó la jóven como fuera de sí, ¿cómo puedes preferir los brazos de la muerte á los míos? ¿Cómo puedes volver al cabo de siete años para despedirme? ¿Cómo puedes hablar friamente de tu muerte, como si también no fuera la mia? Mas valdria que mis ojos se hubieran cerrado antes de haberte visto, que mis oídos se hubieran puesto sordos antes de haber oído esa voz cruel que es mi vida y mi muerte. ¿Porqué no te has matado el perro antes de saber que volverias tú á desgarrarme el corazón? ¿Porqué tu pié no se ha resbalado al borde de un abismo sin fondo? Mira mi dolor, ¡oh Madona!

Y se arrojó al suelo delante de la imágen con los brazos extendidos; su frente tocaba á la tierra, y oraba y sollozaba á un tiempo. Fuera se oían los gruñidos del perro; dentro el sordo murmullo de la infortunada jóven.

La luna alumbraba el aposento. Pero antes de que Filippo hubiera podido recogerse y pronunciar una palabra, sintió los brazos de la jóven que rodeaban sus

hombros, sintió su boca apoyada sobre su cuello y las lágrimas ardientes que corrían por su rostro.

— No te entregues á la muerte, Filippo; decia la pobre jóven sollozando; si te quedas conmigo, ¿quién podrá encontrarte? Déjales que digan lo que quieran, olvida á esos asesinos, á esos traidores miserables, mas péfidos que los lobos de los Apeninos. Sí, quédate á mi lado, le decia, y su mirada brillaba á través de las lágrimas. La Madona te ha traído aquí para que yo te salve. Filippo, no me acuerdo de las malas palabras que te he dicho, pero conozco han sido perversas en el estremecimiento mortal que ha oprimido mi corazón al pronunciarlas. Perdóname; es un infierno pensar que el amor puede ser olvidado, que puede ser mentira la fidelidad. Ven, sentémonos y hablemos con sosiego; ¿quieres otra casa? La haremos; ¿quieres otros criados? Los despediremos á todos, y si temes que vayan á denunciarte, nos iremos al punto, ahora mismo; yo conozco todas las veredas, y antes de que salga el sol estaremos muy lejos de aquí, hácia el Norte, y marcharemos hasta llegar á Génova, á Venecia, adonde quieras tú!

— Basta, exclamó Filippo con seriedad; basta de locuras; no pienses en casarte conmigo, Fenicia. Si no me matan, mañana será otro día; no tardarán mucho, porque les estorbo.

Y con cuidado, aunque con firmeza, soltó su cuello de los brazos que le rodeaban. Luego prosiguió diciendo:

— Mi suerte es bien triste ya, no la hagamos mas penosa aun con nuestra falta de juicio. Mas tarde quizá, cuando oigas hablar de mi muerte, te considerarás dichosa contemplando á tu marido y á tus hijos, en razón á que el difunto estuvo mas razonable que tú esta noche, bien que la primera fué lo contrario. Me voy á descansar. Tú harás lo mismo, y cuida de que no nos veamos mañana temprano. Tu reputación está sin mancha, me lo han dicho los contrabandistas... ¡Adios! ¡Buenas noches, Fenicia!

La ofreció otra vez la mano afectuosamente, pero ella no la tomó. La veía pálida como una muerta al resplandor de la luna, con el ceño fruncido y los ojos bajos, lo que la daba aun un aspecto mas siniestro.

— ¿No he expiado bastante el haber tenido juicio una noche hace siete años? dijo á media voz. ¡Y ahora quiere que ese juicio, maldito mil veces, me haga nuevamente infeliz y para siempre!... ¡No, no; ya no le suelto; me cubriría de vergüenza delante de todo el mundo, si le dejara ir á morir!

— ¿No has oído que quiero descansar? exclamó Filippo con presteza. Si no conoces que mi honra me obliga á partir, es que no eres tú la mujer que Dios me ha destinado. ¿Soy una muñeca que tomas por juguete? Mi camino está trazado ya, y es demasiado estrecho para los dos. Muéstrame el sitio donde debo pasar la noche... y acabemos.

— No, aun cuando debieras herirme de muerte no te dejaria. ¡Filippo, eres mio!

— ¡Silencio! gritó Filippo encolerizado y apartando á la jóven que queria asirle; silencio, y que esto se acabe para siempre. Soy un hombre y me doy á quien se me antoja. Si tú has suspirado por mí durante siete años, no es esa una razon para deshonorarme. Si has querido seducirme, la ocasion no es propicia. Hace siete años te amé porque eras otra cosa que hoy; si entonces te hubieras arrojado á mi cuello para tomar por fuerza mi corazón, habria opuesto yo mi voluntad á la tuya como lo hago ahora. Todo está concluido entre nosotros, y conozco que la compasión que me has inspirado un momento, no era hija del cariño; por última vez, ¿dónde debo acostarme?

Habia dicho todas estas palabras con un tono seco é imperioso, y cuando concluyó, el sonido de su voz le espantó á sí mismo.

Sin embargo, no añadió nada mas, sorprendiéndose en silencio al ver la serenidad inesperada con que ella lo aceptaba todo.

Habria querido dulcificar con algunas expresiones consoladoras la pena que la causaba; pero ella pasó con la mayor frialdad á su lado, y abriendo una puercecilla maciza, le señaló con un dedo el cerrojo, y luego se retiró otra vez en silencio junto á la chimenea.

Filippo entró y cerró la puerta, pero permaneció un rato escuchando lo que ella hacia.

Nada se movió en el aposento; el silencio de la casa solo estaba interrumpido por los gruñidos del perro, las pisotadas del caballo en la cuadra y los ayes del viento que ahuyentaba los últimos restos de la niebla.

La nube brillaba en el cielo en todo su esplendor, y cuando Filippo sacó el ramo de yerbas que tapaba el agujero que servia de ventana, el cuarto se alumbró; entonces conoció que debia hallarse en el aposento de Fenicia.

Junto á la pared estaba la cama muy limpia y muy angosta; al lado habia un armario abierto, una mesita y un banquillo de madera. La pared estaba cubierta de estampas de santos y de madonas; junto á la puerta habia un Crucifijo y una pililla de agua bendita.

Se sentó sobre la cama, y comenzó á notar que una borrasca se elevaba en su seno.

Mas de una vez quiso levantarse para correr á ella y decirle que si la habia causado tanto dolor, habia sido únicamente con el fin de curarla de aquella pasión loca.

— ¡Siete años!... ¡Pobre criatura!... murmuraba. Filippo tomó maquinalmente una peineta adornada de pedacitos de metal que estaba sobre la mesa, y entonces pensó en la hermosa cabellera de la jóven, en

su cuello erguido, en la nobleza de su frente, y en sus mejillas morenas y sonrosadas.

Arrojó la peineta al armario donde vió vestidos, pañuelos y joyas menudas. Entonces se levantó y se fué á la ventana, como huyendo de aquellas tentaciones.

El cuarto se encontraba detrás de la casa, y ninguna otra choza de Treppi le ocultaba la vista de los peñascos. Enfrente y detrás de una hondonada, se elevaba la cuesta pelada de una roca alumbrada por la luna, que en aquel instante debía estar encima de la casa. Por la derecha serpenteaba el camino. El suelo estaba cubierto de matorrales, y aquí y acullá se distinguía algún arbusto raquítico ó alguna zarza.

— A fe mia, exclamó, el lugar no es muy propio para olvidar lo que se amó en otro tiempo. Desearia que las cosas hubiesen tomado otro giro... sí, sí, ella era la mujer que me habria convenido; ella me habria amado, y habria olvidado por mí los aderezos, los paseos y las lisonjas de los mozalvetes. ¡Qué ojos abriria mi viejo Marco si de repente me viera entrar con una mujer bonita! No habria necesidad de cambiar de casa; la tristeza que á veces se apodera de mí cuando me veo solo, se disiparia muy luego con la risa argentina de un niño... Pero, ¡ay! locuras y nada mas son estas ideas, Filippo; ¿qué haria la pobre jóven, viuda en Bolonia? No, no, nada de eso; no añadiré otra falta á las antiguas. Despertaré á los guías una hora mas temprano, y partiré cuando todos estén durmiendo aun.

En el momento en que queria quitarse de la ventana para descansar de su larga fatiga, vió salir la forma de una mujer de la sombra proyectada por la casa.

Esta mujer alumbrada por la luna no podia ser otra que Fenicia. Con paso largo y sereno se alejaba de la habitacion y se dirigia hácia el barranco.

Filippo se estremeció de piés á cabeza, pensando en que la jóven podia llevar alguna idea siniestra. Sin reflexionar corrió á la puerta para descubrir el cerrojo, pero parecia que el hierro estaba clavado á la puerta y todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Gritaba golpeando la puerta con los piés y con las manos, aunque sin poder abrirla. Por fin la abandonó y corrió á la ventana. Ya veía que una piedra de la pared cedia á sus esfuerzos, cuando distinguió de repente á la jóven que se volvia por el mismo camino, trayendo en la mano alguna cosa que no pudo reconocer en aquella luz vaga; solamente vió su rostro severo y pensativo, pero sin pasion. Ni una sola vez volvió los ojos hácia la ventana, y al fin desapareció en la sombra.

Aun estaba él de pié respirando fuertemente para reponerse de sus angustias, cuando oyó un ruido que parecia provenir del perro. Sin embargo, ese ruido no era de ladridos ni de gruñidos; el enigma le pareció inexplicable.

Asomó cuanto pudo su cabeza por la ventana, pero no vió nada mas que la noche que cubria las rocas de tinieblas. De repente hirió su oído un gemido corto y muy fuerte seguido de un quejido desgarrador del perro; y despues no oyó otra cosa que el ruido de una puerta y los pasos de Fenicia.

En vano estuvo largo rato pegado á la puerta, primero para escuchar y luego para suplicar á Fenicia que le dijera una sola palabra; todo permaneció silencioso. Se arrojó sobre la cama con una agitacion febril, y así permaneció largo tiempo, hasta que al cabo, á eso de la una de la madrugada, la luna desapareció y el cansancio vino á adormecer sus pensamientos tumultuosos.

Una débil luz entraba en el cuarto cuando se despertó; pero al recobrar el uso de sus sentidos y al levantarse, vió que no era aquella la claridad macilenta de la aurora. Un rayo de sol atravesaba por las yerbas que tapaban de nuevo la ventana; las echó fuera, y entonces el cuarto se inundó de luz.

Encolerizado contra los guías, contra su sueño y sobre todo contra la jóven, á quien debía atribuir aquel engaño, corrió á la puerta, cuyo cerrojo se descorrió sin resistencia alguna, y entró en la sala.

Fenicia se hallaba sentada junto á la chimenea, como si le estuviese esperando hacia tiempo. Toda señal de las borrascas de la víspera habia desaparecido, y en sus facciones no se podia distinguir la menor expresion de tristeza ó de violencia.

— ¿Has querido que olvide yo la hora durmiendo?

— Sí, respondió la jóven con voz indiferente. Estábais cansado y llegareis á tiempo á Pistoya, puesto que es esta tarde cuando debeis encontraros con vuestros asesinos.

— Yo no te habia encargado que te cuidaras de eso. ¿Quieres perseguirme aun? Te advierto que de nada te servirá. ¿Dónde están mis guías?

— Se han marchado ya.

— ¿Te burlas de mí? Dime dónde están; no se pueden haber marchado, porque no han cobrado lo que les debo.

Y dió un paso hácia la puerta como para salir.

Fenicia permaneció impassible y dijo con la misma indiferencia:

— Los he pagado yo, y les he dicho que necesitábais descansar, y que yo os acompañaria hasta la llanura; justamente tengo que comprar vino una legua antes de Pistoya.

Un momento la ira le cortó la palabra, pero luego exclamó:

— No, no iré contigo. Contigo jamás, pérfida serpiente que quieres enlazarme y perderme... ¡Ridícula pretension! Ahora estamos mas separados que nunca. Te desprecio, puesto que me crees tan estúpido que te

prometes mi amor por tales manejos. No iré contigo, dame un criado, y toma lo que has pagado á los contrabandistas.

Y la arrojó un bolsillo, y abrió la puerta buscando una persona que pudiera guiarle.

— Es inútil, dijo ella, no hallareis un solo criado, todos se han ido á las montañas; no hay en Treppi una sola persona que pueda servirlos; no quedan mas que los ancianos y los niños de pecho, y si no me creéis, podeis visitar las chozas una por una.

Y al cabo de una pausa y como le viera indeciso presa del despecho y de la ira, en pié sobre el umbral y vuelto de espaldas á ella, prosiguió diciendo:

— ¿Qué peligro veis en mi compañía? Yo he tenido sueños esta noche que me han dicho que no debía ser vuestra. Es verdad que todavia os amo un poco, y me gustaria hablar con vos algunas horas. ¿Por esto habeis de creer que os he armado algun lazo? Estais en libertad para dejarme, para ir donde querais, á vivir ó á morir; lo que he hecho yo ha sido disponer las cosas para acompañaros un rato. Os juro que por nada en el mundo llegaré hasta Pistoya; os dejaré cuando esteis en buen camino, advirtiéndos que si fuérais solo os perderiais sin remedio entre nuestras montañas.

Filippo se mordía los labios. Sin embargo, veía que el sol iba subiendo por el horizonte, y al cabo y al fin, ¿qué tenia que temer? No queria confesarse cuál era el mayor peligro que corria.

Volviéndose hácia la jóven, pudo leer en sus grandes ojos indiferentes, que en sus palabras no se ocultaba engaño alguno. Le pareció muy diferente de lo que era la víspera, y en su sorpresa habia quizá algo de descontento cuando hubo de decirse que aquel acceso de dolorosa pasion habia pasado tan pronto y sin dejar ninguna huella. La miró largo tiempo, pero nada vino á despertar su desconfianza.

— Ya que te has vuelto tan juiciosa, en hora buena, ven conmigo.

Sin dar ninguna muestra de alegría, se levantó y dijo:

— Primero tomaremos un bocado, pues no hallaremos nada que comer durante algunas horas.

Y puso en la mesa un plato y una cantarilla, y comió ella tambien apoyada en la chimenea, pero sin tocar al vino.

Filippo para acabar mas pronto tomó algunas cucharadas, bebió algunos tragos y encendió un cigarro en la lumbre de la chimenea.

Durante este tiempo no la habia mirado una sola vez, pero cuando se encontró á su lado y fijó en ella su vista, vió que sus mejillas estaban muy encarnadas, y que en sus ojos brillaba como una expresion de triunfo.

Fenicia se levantó de repente, cogió la cantarilla y la hizo pedazos arrojándola al suelo.

— Nadie debe beber en ella ya, exclamó; despues que la han tocado vuestros labios.

Durante un segundo una sospecha atravesó su mente. «¿Le habria envenenado?»

Pero prefirió creer que era un resto de la locura amorosa que habia abjurado, y salió con ella de la casa.

— Se han llevado el caballo á Porreta, dijo la jóven al notar que Filippo le buscaba con los ojos. No habriais podido bajar á caballo sin peligro, pues los caminos son mas estrechos que los de ayer.

Fenicia se fué delante, y en breve dejaron detrás de sí las chozas de Treppi, que no parecian estar habitadas; ningun humo salia de ellas, y el sol las bañaba con sus rayos.

Entonces por primera vez pudo observar Filippo toda la majestad de aquel desierto, sobre el cual habia un cielo puro y trasparente.

El camino no era mas que un sendero apenas visible sobre la Peña Viva que se dirigia hácia el Norte, y de tiempo en tiempo, cuando se bajaban las líneas paralelas de las montañas, se veía brillar el mar en lontananza.

En su derredor no habia otra vegetacion que las yerbas cortas y secas de los montes y algunas zarzas. Pero en breve dejaron la altura para bajar al barranco, donde encontraron abetos y algunos manantiales, cuyas aguas se derrumbaban con estrépito.

Fenicia marchaba delante, escogiendo con pié seguro las piedras mas firmes, sin volverse y sin pronunciar una palabra.

Filippo no podía apartar su vista de ella, y admiraba la fuerza y la flexibilidad de sus miembros.

Llevaba el rostro oculto con un largo pañuelo blanco; pero cuantas veces podian andar él uno junto al otro, Filippo tenia que hacer un esfuerzo para desviar la vista, tan grande era la atraccion que ejercia sobre él el carácter severo de sus facciones.

Entonces vino á notar en su rostro, á favor de la claridad esplendente del dia, una expresion sumamente infantil, sin poder determinar en qué consistia aquella expresion, como si en los siete años transcurridos alguna cosa no hubiera cambiado en ella mientras todo lo demás se desarrollaba.

Por fin Filippo rompió el silencio, y ella le contestó con dulzura. Únicamente su voz, que por lo comun no tenia el sonido grave y duro propio de las jóvenes de la montaña, parecia entonces monótona, y mas triste aun cuanto mas indiferentes eran las cosas de que hablaba.

El camino que ellos llevaban habia sido andado recientemente por algunos proscritos, que casi todos habian descansado en Treppi.

Filippo preguntaba noticias de varios de ellos, y los designaba haciendo su retrato; pero Fenicia se acordaba de muy pocas cosas, aunque sabia que los contra-

bandistas los habian llevado con frecuencia á su casa.

Hablando así, el abogado no notaba que el sol continuaba subiendo, y que nada se distinguia aun de las llanuras de la Toscana; no pensaba seguramente cuál iba á ser el fin de aquel dia de viaje.

Es tan entretenido marchar á cincuenta piés sobre el torrente, por un sendero alfombrado, sentir de tiempo en tiempo el polvo húmedo que se levanta de la cascada, ver cómo se deslizan los lagartos por las piedras, y cómo vuelan las mariposas en torno de los rayos del sol que van ahuyentando la sombra, que no hubo de observar que subian el curso del arroyo, en vez de dirigirse hácia el Oeste.

En la voz de su compañera habia un encanto que le hacia olvidar todo lo que le habia ocupado la víspera cuando los contrabandistas le guiaban. Pero al salir del barranco vió delante de sí un nuevo país de montañas que se sucedian hasta perderse en el horizonte, y alturas áridas y abrasadas, y nuevos barrancos, se arrancó de repente á sus ilusiones, y se detuvo para mirar el cielo; entonces reconoció que habian andado en un sentido contrario, y que se hallaban dos leguas mas lejos del término de su viaje que en el momento de su partida.

— ¡Detente! gritó; conozco á tiempo todavia que me engañas. ¿Es este el camino de Pistoya?

— No, dijo ella sin miedo, pero bajando los ojos.

— Entonces por todas las potencias del infierno, los demonios pueden ir á tu escuela para aprender á fingir; ¡maldita sea mi ceguedad!

— Se puede todo, se puede mas que los demonios y los ángeles cuando se ama, exclamó Fenicia con una voz profunda y triste.

— No, gritó Filippo en un acceso de ira, no te regocijes aun, pérfida mujer; la voluntad del hombre será muy superior á lo que llama amor una criatura loca. Vuelve conmigo al instante y enséñame el camino mas corto, ó te ahogo ahora mismo con mis propias manos. ¿No comprendes, insensata, que tengo que aborrecer á la que hace de mí un miserable á los ojos del mundo?

Y se adelantó hácia ella con los puños cerrados porque la cólera le cegaba.

— Ahógame, dijo en voz alta aunque con acento tembloroso. Ahógame, Filippo, pero despues te arrojarás sobre mi cuerpo y llorarás lágrimas de sangre al verme muerta. Tu sepulcro estará aquí, á mi lado, disputarás mi cadáver á las aves de rapiña que vendrán á devorarme, el sol del dia te abrasará, el rocío de la noche penetrará tus huesos hasta que caigas muerto junto á mí, pues ahora ya no puedes abandonarme. ¿Con que has pensado que la pobre jóven estúpida, criada en la montaña olvidaria las amarguras de siete años? Sé lo que he pasado en ese tiempo, sé lo que me han costado esos años, y creo que he merecido bien lo que hoy anhelo. ¡Dejarte ir á morir! ¡Locura! Déjame un instante, y verás como te obligo á venir á mi lado para siempre, pues el vino que has bebido esta mañana tenia un *hechizo de amor*, al cual ningun hombre ha podido resistir en el mundo.

Tenia un aire de reina al pronunciar estas palabras, con el brazo extendido hácia él, como si su mano hubiese tenido un cetro sobre la cabeza de un esclavo.

Pero Filippo respondió con una risa seca:

— Tu *hechizo de amor* tiene poca influencia, pues nunca te he aborrecido mas que en este momento. Y sin embargo, muy loco soy en aborrecer á una loca; no me volverás á ver, y creo que esto te arrancará tu amor y tu locura. No necesito que me guies. Veo allá en la falda de la cuesta una choza y un rebaño... Adios, pobre serpiente, ¡adios!

Fenicia nada respondió cuando vió que se alejaba. Se sentó con mucha serenidad á la sombra de la roca, clavando sus miradas en el verde sombrío de los abetos que se elevaban en el fondo del barranco.

Apenas la habia dejado, cuando se halló perdido en medio de los matorrales y de las rocas, sin distinguir ninguna señal de camino, pues tuvo que confesarse que las palabras de Fenicia le habian causado una profunda impresion y habian turbado su espíritu.

Sin embargo, continuaba viendo á la otra parte del barranco la choza del pastor, y comenzó á bajar resueltamente en direccion á ella.

Por la altura del sol calculó que podrian ser las diez.

Al llegar á una parte baja de la colina descubrió un camino sombrío, y bien luego se encontró con un puente sobre otro arroyuelo que corria en sentido opuesto y prometia llevarle á la choza.

Le siguió; pero en los rodeos que tenia que dar conoció que no iba derecho á la cabaña; sin embargo, la línea recta estaba cortada por peñascos inaccesibles, y á menos de volverse, tenia que seguir aquel camino.

Al pronto marchó de prisa como un hombre que se ve libre de cadenas, y buscando de tiempo en tiempo con los ojos la choza que parecia alejarse cada vez mas.

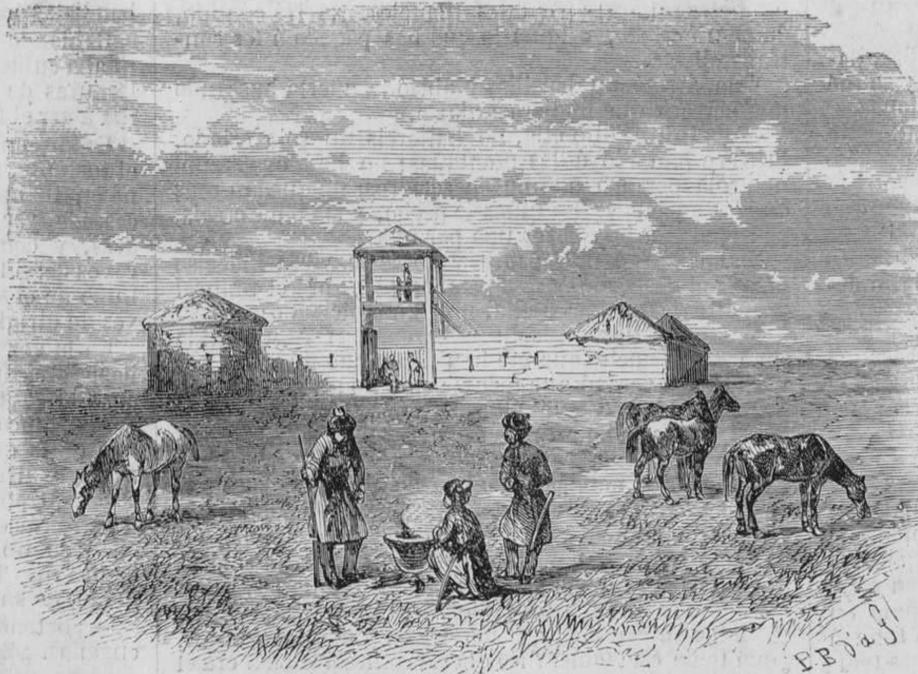
Poco á poco, á medida que su agitacion se iba calmando, todos los pormenores de la escena que acababa de pasar cruzaban por su mente. Veia tambien la arrogante figura de la jóven, pero entonces la veia con claridad, no á través de la niebla y de la ira. Su corazón sentia á pesar suyo una compasion profunda.

(Se continuará.)

### El Cáucaso.

Todo el mundo ha oído hablar del Cáucaso, pero pocas personas conocen esa maravillosa comarca que hasta los rusos recorren con mucha precaución. Muy á menudo se ha leído en los periódicos, que era un foco de resistencia, y que sus héroicos defensores, á cuya cabeza estaba Schamyl, combatían allí diariamente á fin de conservar una independencia que cada día parecían estar á punto de perder para siempre.

Hoy que la lucha está terminada, y que el águila de dos cabezas puede plantarse hasta en los picos mas inaccesibles de la cordillera caucasiana, creemos que nuestros lectores verán con interés algunos detalles sobre la comarca que tanto ha llamado la atención de la Europa.



PUESTO DE COSACOS CERCA DE CALINOVSK (Cáucaso.)

partidarios y sus soldados. De un carácter aventurero y fanático hasta lo sumo, los montañeses insumisos pasan su vida orando y combatiendo; ellos son los que arman esas emboscadas continuas á los viajeros aislados y á los soldados bastante imprudentes para alejarse de las líneas de defensa. Siempre armados, esos intrépidos montañeses se agrupaban hace poco tiempo bajo la bandera de un naib de Schamyl, y corrían á destrozar á pocos kilómetros de los pueblos fortificados, las aldeas y las tierras ocupadas por los cosacos. Ya hemos hablado en este periódico del atrevido golpe de mano que dieron hace algunos años, de cuyas resultas cayeron en su poder dos princesas georgianas, por cuyo rescate Schamyl exigió le devolvieran su hijo que estaba en la corte de Rusia.

Entre los pueblos de las montañas



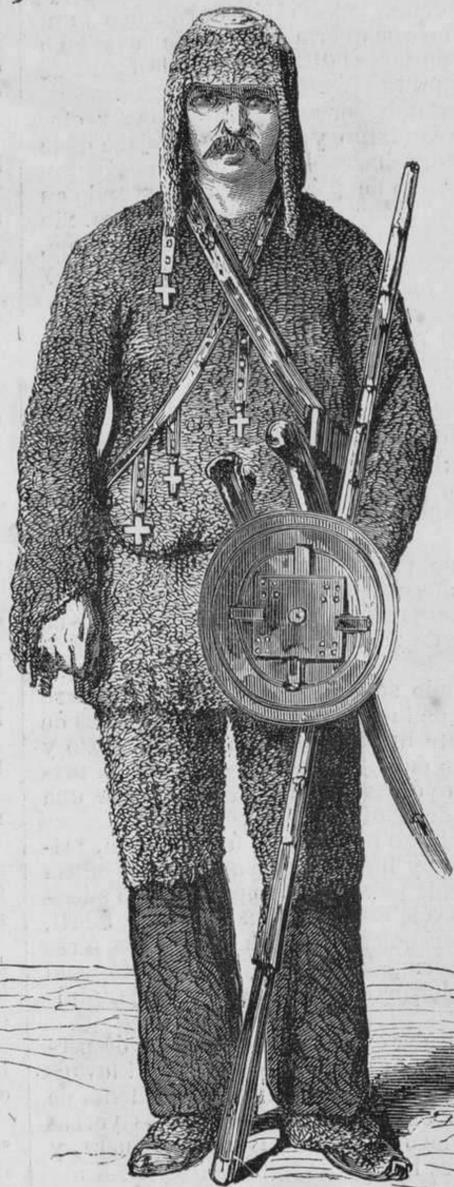
COSACO DE LA LINEA.

en ellas colonias militares donde viven con sus familias.

Cada una de esas aldeas corresponde con las aldeas mas próximas por medio de señales cuando se da el grito de alarma, á fin de reunir socorros en caso de ataque de los montañeses rebeldes. Todas las señales de esas aldeas llegan á un centro comun, un fuerte ó una ciudad, ocupados por destacamentos mas ó menos considerables del ejército del Cáucaso. De ese centro parten las tropas y la artillería encargadas de rechazar al enemigo.

Las poblaciones circasianas conocidas en Europa con el nombre de *tcherkesses*, y que tienen en el país el nombre de *adighé*, forman una sociedad feudal, caballeresca, si podemos hablar así, con costumbres bárbaras. Separadas unas de otras por los puestos que surcan el camino militar de Tiflis, unas aceptaron la dominación rusa, y son los *Abazes*, los *Bachilbat*, los *Tram*, los *Kizilbek*, los *Mokoches*, los *Temirgoi*, etc.; las otras, que han sido sometidas recientemente, se llaman *Tchetchenses*, *Lesghianos*, etc.

Entre estas últimas había reclutado Schamyl sus



KHEVSUR.

El Cáucaso es el nombre que se da á una cordillera de montañas, que por una parte tocan al mar Negro, y al Caspio por la otra. En la vertiente setentrional habitan muchas poblaciones separadas entre sí por el curso del Terek y por el camino militar de Tiflis, que conduce de las posesiones del imperio en Europa á las que ha adquirido en Asia. El lado de la derecha yendo de Rusia lleva el nombre de *flanco derecho*, y está enteramente sometido; el de la izquierda se designa con el nombre de *flanco izquierdo*; en esa parte, y en toda la region montañosa que se extiende al Oeste del Caspio, se encontraba apenas hace dos meses el centro de la violenta resistencia que ha sido aniquilada en la última campaña.

La ocupación rusa en estas comarcas va á poner fin á una organización militar cuyo conocimiento es interesante. Desde que Schamyl y sus partidarios habían sido cercados en las montañas del Daghestan, la Rusia había organizado un cordón de pequeñas aldeas fortificadas (*stanitzas*), cuya guarda fué confiada á cosacos que forman



TCHETCHENSE MARCHANDO A LA EMBOSCADA.

del Cáucaso, se encuentra uno sobre todo, los *Khersures*, sometidos desde hace algun tiempo ya á la Rusia, y que merece una mención especial. Como la mayor parte de las poblaciones del Cáucaso, los *Khersures* son musulmanes que han conservado un vago recuerdo de su antigua religion. Cuentan ellos mismos que sus antepasados eran cristianos, y profesan tal veneración á la cruz, que la llevan todavía con orgullo sobre su cota de malla. También tienen el mayor respeto á las antiguas iglesias hoy abandonadas que se hallan en su territorio; gracias quizás á esta veneración que tienen ciertas tribus de la comarca á los antiguos edificios cristianos, se encuentran aun en todas las regiones caucasianas tantos monumentos religiosos.

Hace ya mucho tiempo que los viajeros han señalado á la atención repetidas veces muchos edificios religiosos, de los cuales algunos recuerdan la influencia de la doctrina del Evangelio en esas comarcas bárbaras. Según los apuntes de los viajeros, se ve que esos edificios son obra de los arquitectos

tos bizantinos, que llevaron al país las artes de Constantino pla. La iglesia de Khumara es un ejemplo bien evidente de lo que decimos.

El autor de nuestros dibujos, aunque preocupado con las diferentes cuestiones que hacia nacer en su espíritu la exploracion concienzuda de las regiones caucasicas, que era el objeto de su viaje, no descuidó la parte pintoresca en sus excursiones.

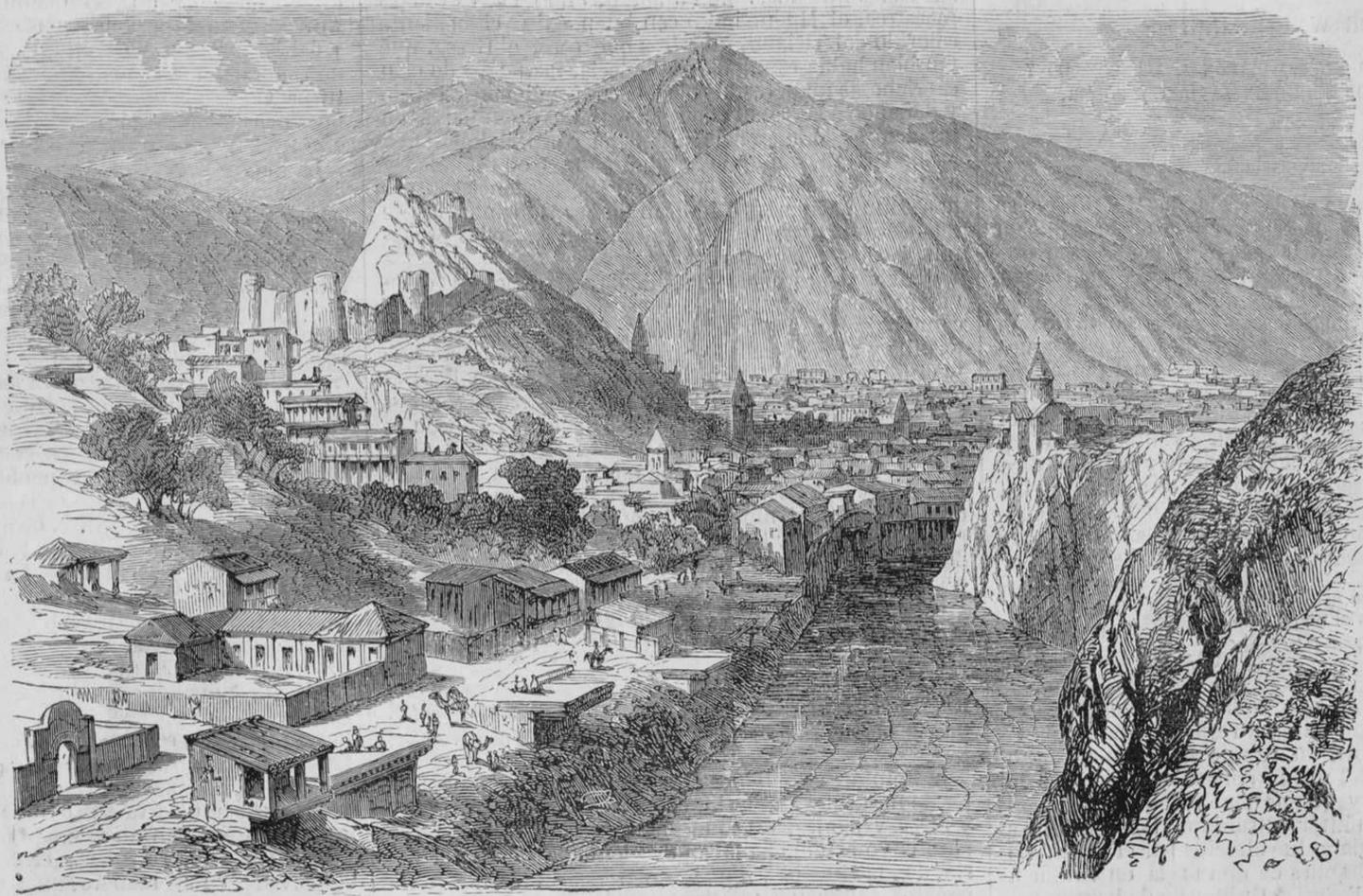
Llegado á las montañas, donde la hermosura del paisaje se encuentra interrumpida de repente por una larga línea de rocas que se extiende á lo infinito, el viajero admira como un verdadero artista el imponente espectáculo de las masas calcáreas que limitan el horizonte.

El camino de Tiflis, contrariado en su trayecto por las sinuosidades del Terek, se encuentra muy luego en-

cajonado en profundas gargantas donde jamás penetran los rayos del sol. Diríase que una noche eterna reina en esos desfiladeros. Abí se encuentra la puerta del

te que la atraviesa, los magníficos palacios del gobierno y de la aristocracia, es la Tiflis rusa.

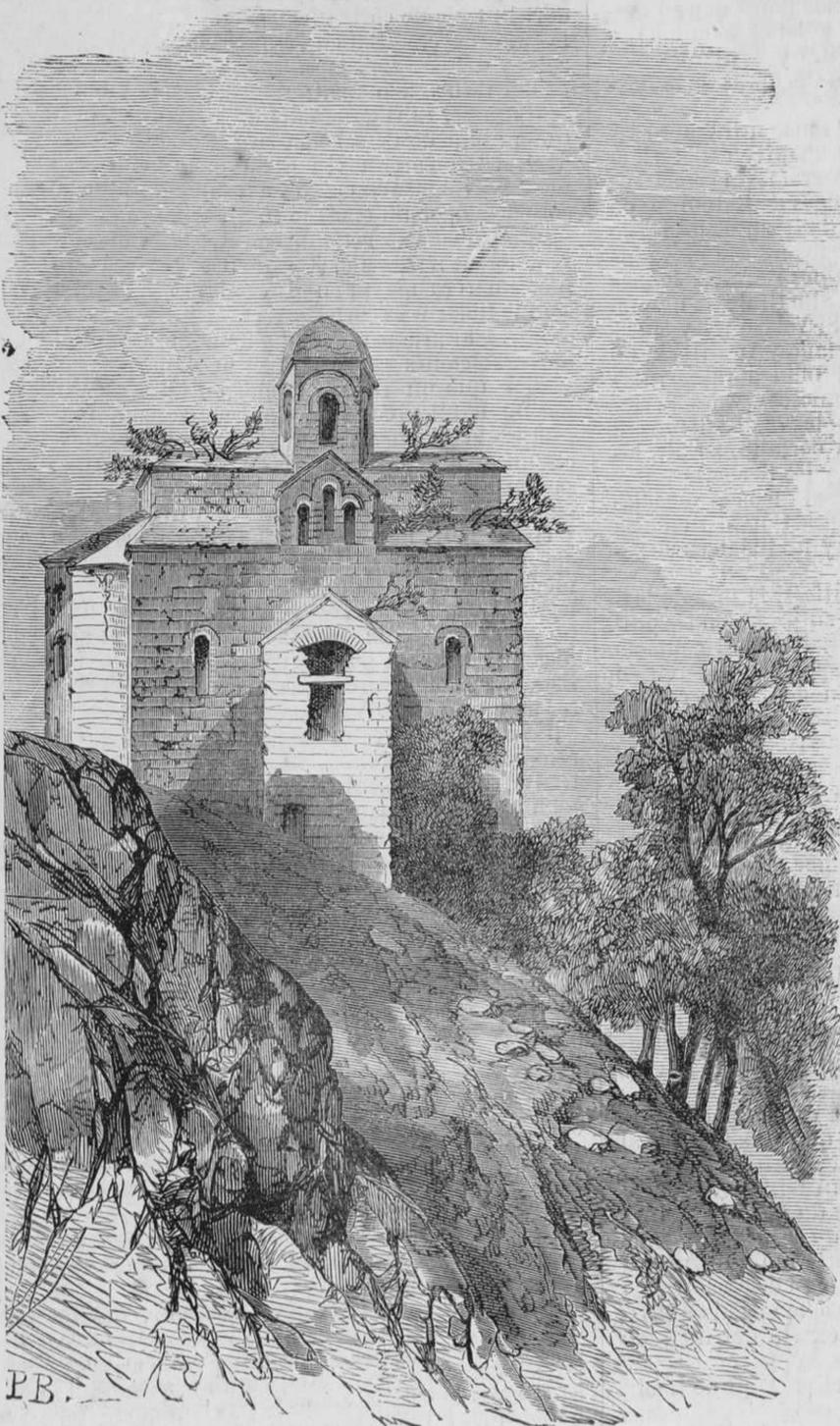
V. L.



LA CIUDAD DE TIFLIS.

Cáucaso, el Darial, famoso en la antigüedad con el nombre de *Caucasi pylæ*. Una vez atravesado ese paso peligroso, el viajero descubre de repente un magnífico panorama; ví primero los risueños valles de la Georgia, las inmensas estepas que riegan el Cyrus y sus afluentes; mas allá las cúpulas plateadas de las iglesias de Tiflis, y las elevadas agujas de los minaretes de las mezquitas.

Tiflis recuerda á la vez la Europa y el Asia. La ciudad vieja, con su fisonomía oriental, sus iglesias bizantinas, su bazar persa y sus callejones estrechos, es la Tiflis asiática; la ciudad nueva, con sus espaciosas y elegantes casas, su largo baluar-



IGLESIA DE KHUMARA.



EL DARIAL.

PB.

PB.

## Anales de los artistas españoles

POR W. STIRLING.

TRADUCCION DEL INGLÉS POR DON J. MALDONADO Y  
MACANÁZ Y DON ENRIQUE VALDÉS Y SOLER.

(Continuacion).

Pero es lo cierto que en la corte de Madrid no se conoció la misma falta de decoro en la pintura que en las demás; y que entre todos sus artistas ninguno obtuvo ni mereció, como Pietro Liber, de Venecia, por sus deshonestas pinturas el nombre de *Libertino*.

Los príncipes austriacos descendientes de Carlos V, fueron todos rígidos formalistas en religion y en etiqueta, y pocas veces alentaron la licencia del pincel. Es cierto que Felipe II permitió en su juventud que el Ticiano le retratase entregado al singular placer de la contemplacion de los encantos de una Venus que sin reserva se abandonaba á su admiracion, y aun se dice haber sido retratada bajo la figura de esta diosa su infiel y orgullosa querida la princesa de Eboli. Esta señora, á lo que parece, no tuvo reparo en ostentar sus perfectas formas, siendo sin duda de opinion de que

De la beldad sin artificio hermosa  
La desnudez es el mejor vestido,  
*Beauties, wit hout falschood fair,  
Needs ought to clothe it but the air.*

pues en 1679 existia en una de las suntuosas cámaras del castillo de Buitrago, antigua residencia de su marido Ruy Gomez de Silva, un retrato de dicha princesa rodeada de Cupidos, del mismo género que la Venus de que hemos hablado y que probablemente es como el primero obra de un pintor extranjero. Dos siglos mas tarde la Venus del Ticiano fué ofrecida por el licenciado Augusto de Polonia despues de una orgia en Dresde á su alegre compañero Federico Guillermo de Prusia, rechazada con virtuoso desden por aquel grosero sargento-instructor, y descrita con mucha animacion por su hija. Felipe II, el real amante de la princesa de Eboli, trató pronto de olvidar estas vanidades, siendo despues tan extremado en esta materia, que cuando llegó á palacio el magnifico crucifijo de Cellini, obra la más bella que este escultor ejecutó en mármol y regalo del gran duque de Toscana, no permitió que las infantas de Saboya y de Flandes le viesan hasta que hubo colocado prudentemente su pañuelo alrededor del cuerpo, donde la monacal fidelidad le veneró mucho tiempo como á una reliquia. En los tiempos de Felipe IV, que fueron los mejores de la pintura de retrato y de la galanteria, ni las hermosas damas de la corte, ni Maria Calderon la Nell-Guyne española (1), ni de la bellísima Hipólita de Alby, ni la animosa duquesa de Chevreuse, desprendieron jamás sus ceñidores en los estudios de los artistas segun la moda de nuestras Williers y Stuarts, aquellas

*Beauties of sir Peter Lely  
Whose draperies hind we may admire them freely.*  
Como las bellidades de sir Pedro Lely  
Cuyas vestiduras permitian admirarlas libremente.

Carlos II de España, cuyo carácter y costumbres eran tan opuestos á los de su tocayo y contemporáneo nuestro *Merry Monarch* y que nada habia heredado de su bisabuelo excepto la melancolia y mojigatería de su ancianidad (2), permitió que algunos monjes del Escorial emplearan el pincel de Lucas Jordan en prolongar el vestido de la santa Margarita de Ticiano, porque á su modo de ver pisaba la serpiente con una pierna demasiado desnuda.

Por esta razon el carácter general de la pintura española es solemue y religioso, sus composiciones en su mayor parte grandes y melancólicas, y sus figuras mas notables por la majestad y variedad de los ropajes, que por la ostentacion de conocimientos anatómicos.

Como España era el Eliseo de los frailes, las varias órdenes religiosas, negras, blancas ó pardas, fueron retratadas con singular vigor y frecuencia, lo que el mas negligente observador puede notar recorriendo la seccion española de cualquier gran museo. Murillo y Espinosa trabajaron mucho para los frailes que vestían el hábito cenicento de San Francisco; Carducho y Zurbarán tenian mas relaciones con los cartujos, cuyos blancos hábitos y capuchas pintaban con gran habilidad y efecto. Roelas fué el pintor particular de los atutos discípulos de Loyola, vestidos de negras sotanas. Esta clase de obras procuró naturalmente al pincel español una gran facilidad para pintar ropajes, entre los cuales la capa nacional, que usa lo mismo el pastor de las llanuras de la Mancha que el elegante cortesano, les proporcionaba á menudo admirables estudios en las calles y en los caminos reales.

La escuela de Castilla se distingue generalmente por

(1) Nell-Guyne fué una *Orange-Girl*, vendedora de naranjas (oficio que en aquellos tiempos no era en la Gran-Bretaña lo que es entre nosotros) de la corte de Carlos II. Véanse los estudios sobre John Wilmoot, conde de Rochester, y sobre la Restauracion inglesa, por Mr. E. D. Forges en la «*Revue des Deux Mondes*» de 15 de agosto y 1º de setiembre de 1857. (N. de los TT.)

(2) *Prudery of his old age* dice el texto; pero no puede sin injusticia acusarse á Felipe II de mojigatería, que quiere decir tanto como afectada virtud ó honestidad; ni la rigidez que le fué propia dató únicamente de sus últimos años, sino que caracterizó toda su vida. (N. de los TT.)

un colorido oscuro y grave, por sus fondos grises y por sus cielos nublados. Sin embargo, uno de sus grandes maestros, el Mudo, imitó con buen éxito el brillante colorido del Ticiano, mientras que otro, el Greco, que tambien habia estudiado en Venecia, manejaba de cien caprichosas maneras el colorido confundiendo á Toledo y dañando á su reputacion. Las cabezas de mujeres, en los cuadros de la escuela castellana y especialmente en los de Tristan, son en general inferiores en dignidad y en interés á las de los hombres; sus facciones son por lo comun ordinarias é indican haber sido tomadas de modelos en cuyas venas la sangre de los godos predominaba sobre la de los árabes.

Dirigiéndonos hacia el Mediodia, entramos en regiones mas bellas, tanto bajo el aspecto de la naturaleza, como bajo el aspecto del arte. A las áridas llanuras de Castilla y al desagradable traje de paño pardo que viste el labrador que las cultiva, suceden verdes y floridos campos y mendigos cubiertos de harapos azules y rojos. Las alegres flores del cactus y de la adelfa cubren la falda meridional de la sierra y matizan las orillas del arroyo. Los vivos colores de la mora y de la violeta brillan en los lienzos de los pintores valencianos, mientras que el rojo y el amarillo de oro enriquecen los de la escuela de Sevilla. Las vírgenes y santas de los pintores de estas escuelas reflejan la gracia y belleza de las hijas del Mediodia, cuyas arqueadas cejas, brillantes ojos y delicadas facciones heredaron de sus madres árabes y de los musulimes sus señores, los conquistadores de España.

*Who ennobled her breed, and high mettled the blood of her veins (1).*  
Que ennobleció su progenie y purificó la sangre de sus venas.

Los pintores sevillanos eran inclinados á pintar objetos de naturaleza muerta, como jarros, cestos de fruta y otros vegetales, que pintaban con admirable efecto, para cuyo estudio hallaban excelente ocasion en la feria, donde Murillo y muchos de sus mas hábiles compañeros ganaban su sustento en los primeros tiempos de su vida artística, vendiendo las groseras producciones de su pincel, que muchas veces retocaban allí mismo para arreglarlas al gusto de sus ignorantes compradores.

Algunos de sus bodegones, donde la caza y el pescado se hallan mezclados con sandías, limones y las gordas aceitunas de Andalucía, son obras de alto mérito artístico. Los pintores valencianos y de naturaleza muerta, preferian principalmente las flores que en tanta profusion produce aquel suave y delicioso clima; y han dejado «*floreros*» cuya frescura y brillantes matices no han logrado reproducir en sus obras de la misma clase los pintores holandeses.

En la pintura de retrato, parte la mas útil y apreciable de la pintura, que ilustra el trabajo y esclarece la narracion del historiador y del biógrafo, que conserva el cuerpo humano mejor que las artes de Egipto, y da á la belleza siglos en vez de años de triunfo, los españoles se elevaron á gran altura. Todos los grandes pintores españoles han dejado admirables retratos. Juanes ha sido llamado el Rafael español, alto título de que no es indigno en esta rama del arte. Si Velazquez y Murillo no han sido comparados con Ticiano y Van-Dyck, no ha consistido en que su genio y habilidad fuese inferior al de estos, sino en que sus famosos rivales tuvieron mas ancho campo donde desplegar su talento. El senado de Venecia y la espléndida corte imperial, los Lomellini y Brignoli, de Génova, y los Herberts y Howards, de Inglaterra, suministraban mejores modelos de varonil belleza que la degenerada nobleza de la corte de Felipe IV, ó que el clero y los hidalgos de Sevilla.

Respecto de las bellezas aristocráticas, la mas delicada piedra de toque de la habilidad, su profesion les proporcionó muy pocas ocasiones de hallarse en contacto con ellas. Los grandes retratistas españoles vivieron en una época en que los maridos eran demasiado celosos para que les fuese indiferente el exponer á la pública admiracion los retratos de sus esposas. Velazquez fijó su residencia en la corte en los mismos dias en que sir Kenelm Digby, que habia venido á visitar á Madrid, corrió gran riesgo de ser asesinado en la misma noche de su llegada solo por haber mirado á una señora. Volviendo con dos amigos suyos de cenar en casa de lord Bristol, el intrépido caballero cuenta como se pararon debajo de un balcón donde una desamparada beldad se hallaba tocando su laud, y como se detuvieron algun tiempo para admirar su belleza y escuchar su espiritual y arrebatadora armonía.

Su deleitable contemplacion fué rudamente interrumpida por un rumor de pasos, por armas que brillaban a la luz de la luna y por la furiosa embestida de «*quince hombres vestidos de cota de malla, con linternas sordas sujetas á sus escudos*» y á no haber sido por el amante de Venetia Stanley, que dió muerte al que hacia de cabeza, un hombre tan diestro en las armas, las calles de Madrid se hubieran teñido en la sangre de tres valientes bretones, que un momento antes habian estado respirando el aire libre y disfrutando de la frescura de la noche; y la historia no hubiera podido registrar esta ocurrencia por las curiosas Memorias de sus héroes, sino por el despacho oficial de Bristol, ó por una carta minuciosamente exacta del honrado Howell.

Pocos grandes consentian, como el príncipe de Eboli,

(1) Campbell, líneas escritas al ponerse el sol sobre el campo de batalla de Hastings.

que sus esposas desempeñasen el papel de Venus, si quiera fuese con un Marte de sangre real. El duque de Alburquerque, que á la puerta de su palacio acechaba y daba de iatigazos á Felipe IV y á Olivares, fingiendo no conocerles, cuando el monarca venia á hacer su nocturna visita á la duquesa, no estaria sin duda muy dispuesto á llamar al pintor de la corte para que hiciese el retrato de su esposa.

La mayor parte de las señoras vivian en una especie de reclusion oriental entre dueñas y enanos, y sus esposos las trataban con frecuencia mas bien como á criadas que como á compañeras, no permitiéndolas sentarse con ellos á la mesa, sino haciéndolas comer aparte sentadas en el suelo, como turcos ó oficiales de sastre (1), segun atestigua sorprendido en sus viajes un escritor francés, ni salir de casa mas que á misa ó á tomar el aire en el Prado ocultas entre las cortinillas del coche. No era moda entre ellas el retratarse, como lo prueba la escasez de retratos que se nota en las galerías españolas, exceptuados los de las personas pertenecientes á la familia real. De los sesenta y dos cuadros de Velazquez que se conservan en el real museo de Madrid, solo se hallan cuatro de este género, de los cuales dos representan unas niñas, otro es el retrato de una señora anciana, y el cuarto el de su propia esposa. Y aun cuando le fuese dable hacer el retrato de una gran señora en toda la fuerza de la juventud y de la hermosura, el pintor del siglo XVII tenia que luchar con las dificultades que oponia un traje sin gusto y desagradable á la vista. Las mas bellas formas se ocultaban entre largos y anchos corsés tiesos y fuertes como armaduras hechas á prueba, y eran desfiguradas por tontillos de monstruosa circunferencia, semejantes por su tamaño á grandes campanas, con lo cual la ondulante línea de la belleza era perdida, y las mas hermosas como las mas defectuosas figuras reducidas á la forma de un tambor, con un embudo puesto en su parte superior. Las ricas cabelleras eran tejidas, enlazadas y empolvadas en tal manera, que la hermosa cabeza que las llevaba se asemejaba á una seta, ó tan rizadas y ensortijadas que rivalizaban con la peluca de coliflor de un abate.

Prevaleció tambien la incalificable moda de partir el pelo por un lado en vez de hacerlo por el centro de la cabeza, destruyendo de esta manera la simetría é igualdad, de lo que algunos retratos muy inferiores de la galería española del Louvre, atribuidos osadamente á Velazquez, ofrecen un ejemplo irritante y desconsolador. El traje de corte que usaban las grandes damas de la casa real era digno de admiracion por lo que disfrazaba y desfiguraba. La duquesa de Terranova, heredera del principado mejicano de Cortés, montada sobre una mula y cabalgando detrás de su graciosa señora la reina Luisa de Orleans en su solemne entrada en Madrid, debia parecer sin duda abominable; sus negras tocas de viuda, semejantes á las que usan las monjas y coronadas por un enorme sombrero, era lo mas á propósito para hacer resaltar con triste ventaja la pálida y arrugada faz, los ojos pequeños y vivos de la terrible camarera mayor cuyos «*quiero*» y «*necesito*» hacian temblar á la corte.

El rival burlado ó la dama de honor resentida de sus amonestaciones no la hubieran deseado mas severo castigo que un retrato hecho en tales circunstancias por un hábil pincel. Pero á decir verdad, la causa de esta exageracion en el vestir era el procurar que las circunstancias del traje y las costumbres de las hermosas españolas que vivian en la edad que mejor proporcion les ofrecia para figurar en la historia, tendiesen, y ciertamente no por voluntad del bello sexo, á secundar los deseos de sus celosos esposos, y á ocultar, mas bien que á poner de manifiesto sus atractivos, sus ojos negros, los mas hermosos del mundo, sus lindas manos, que con tanta destreza manejaban el abanico, y mas que todo sus piés, cuya exhibicion era uno de los mas preciados favores concedidos á los ruegos y suspiros de un amante.

Peor que todos estos absurdos era el abuso del colorite con que pintaban, no solo sus mejillas, sino la frente, las orejas, los labios y hasta los hombros y las manos. En el reinado de Felipe IV era grande el consumo que se hacia de bermellon y blanquete en los dias de corridas reales de toros. Las señoritas de Vitoria, que sin duda procuraban seguir las últimas modas de Madrid, causaron admiracion á la condesa d'Aulnoy que visitó aquella ciudad en 1679. Hablando del teatro dice Mme d'Aulnoy: todas las señoras que vi en esta reunion llevaban una cantidad tan prodigiosa de colorite, comenzando desde por bajo de los ojos y extendiéndose por la barba, las orejas y las manos, que jamás he visto cangrejos cocidos de un color mas hermoso. Las ninfas y diosas que figuraban en la azotea del real palacio de Madrid, tenian sus mejillas y pechos de mármol pintados de carmin. Esta perversion del gusto en el adorno, no solo destruía el color del rostro y de las manos en las bellidades de la corte, sino que, y esto era aun mas perjudicial, echaba á perder los retratos de mujer de Velazquez y Carreño. Cuéntase del segundo rey de Prusia que acostumbraba á entretener

(1) Véase el entretenido *Viaje por España*, Colonia, 1667; tambien á Mme d'Aulnoy, tomo II, página 108. Esta señora cuenta que habiendo sido convidada á comer en casa de una joven señora castellana, tuvo que sentarse como las demás en el suelo, lo cual la causaba unos dolores de piernas tan terribles que tuvo que renunciar á comer. Un caballero que estaba presente, conociendo mejor las costumbres extranjeras, la acercó una silla.

sus ocios bosquejando los retratos de sus granaderos, y se dice que cuando alguno de ellos le salía demasiado cargado de color, mandaba pintar la cara del paciente de rojo hasta que adquiría el mismo colorido que el retrato. Lo difícil para los pintores españoles no era el desvanecer sus tintas, sino el dárles el vigor necesario para igualar el vivo carmin de las encendidas damas que les favorecían.

(Se continuará.)

**Boletín científico**

**Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.**

LONGEVIDAD: — El doctor Erasmus Wilson, comentador de la *Edition of Hufeland*, da la siguiente lista de la edad de varios hombres célebres:

Años.	Años.
El Tasso murió á los... 51	Galileo..... 78
Virgilio..... 52	Swit..... 78
Shakspeare..... 52	Bacon..... 78
Moliere..... 53	Marmontel..... 79
Dante..... 56	Tucidides..... 80
Pope..... 56	Juvenal..... 80
Ovidio..... 57	Younh..... 80
Horacio..... 57	Kant..... 80
Racine..... 59	Platon..... 81
Demóstenes..... 59	Buffon..... 81
Lavater..... 60	Goethe..... 82
Galvani..... 61	Claudio de Lorena..... 82
Bocaccio..... 62	West..... 82
Fenelon..... 63	Franklin..... 84
Aristóteles..... 63	Metastasio..... 84
Cuvier..... 64	Herschel..... 84
Milton..... 66	Anacreonte..... 85
Rousseau..... 66	Newton..... 85
Erasmus..... 69	Voltaire..... 85
Cervantes..... 69	Halley..... 86
Béaumont..... 69	Sófocles..... 90
Dryden..... 70	Leuwenhoeek..... 91
Pétrarca..... 70	Hans Sloane..... 93
Le Sage..... 70	Whiston..... 95
Linneo..... 71	Miguel Angel..... 96
Locke..... 73	Ticiano..... 96
Lafontaine..... 74	Herodias..... 100
Handel..... 75	Fontanelle..... 100
Reaumur..... 75	Georgias..... 107
Eulero..... 75	

La *Guide assurance and hand book*, publicada en Lóndres recientemente, añade esta otra lista de hombres célebres longevos:

Años.	Años.
Boehhave murió á los... 70	Harley..... 81
Haller..... 70	Mead..... 81
Tissot..... 70	Duamel..... 82
Gall..... 71	Astruc..... 83
Darwin..... 72	Hoffman..... 83
Van Suirton..... 72	Pinel..... 83
Fallopius..... 72	Swedenborg..... 85
Fenner..... 75	Morgani..... 89
Heister..... 75	Heberden..... 92
Cullen..... 78	Reysch..... 93
Galeno..... 79	Hipócrates..... 109
Spallanzani..... 79	

— EMIGRACION DE IRLANDA EN 1857: — Segun los datos oficiales presentados al Parlamento, el movimiento de la emigracion irlandesa subió en dicho año desde 90,781 almas de que fué en 1856 á 95,081, ó sea una diferencia de 4,300 almas en favor del último ejercicio, durante el cual el número de hombres ha ofrecido un aumento de 4,672 individuos, mientras que el de las mujeres ha disminuido en 372.

Este aumento ha recaído sobre la parte trabajadora del país. Resulta de un cuadro estadístico, que durante el ejercicio de 1857 la emigracion, teniendo en cuenta el excedente de los nacimientos sobre las defunciones, ha minorado la poblacion de Irlanda en 34,389 habitantes.

La emigracion total de Irlanda desde hace seis años y ocho meses, se ha elevado á 933,861 almas, de las cuales 472,871 eran hombres y 460,990 mujeres, lo que da relativamente á la poblacion una relacion de 14,25 por 100. En cuanto á los sexos la proporcion es de 103 hombres por 100 mujeres.

Hé aquí los principales puertos por donde se ha verificado esta corriente de emigracion:

Emigrantes.
Belfast..... 24,520
Cork..... 21,857
Dublin..... 21,085
Londonderry y Derville.. 7,912
Dundal..... 5,895
Tralee..... 3,346
Waterford..... 2,200
Otros puertos..... 8,302
Total..... 95,117

El total de emigrantes de la Gran Bretaña ha sido de 148,648, de los cuales 50,089 se han embarcado en navios ingleses.

— BANCOS DE DESCUENTO EN ALEMANIA: — En medio del desorden general en que han caído la mayor parte de las grandes instituciones financieras, á consecuencia de las complicaciones de la última guerra, vemos con verdadera satisfaccion la situacion favorable de unas modestas instituciones populares, cuyo creador ha sido M. Schulze Delisteh, y que

cada vez se esparcen mas por toda la Alemania. Trátase de los «Bancos de descuento» «Bancos del pueblo», que hasta ahora habian permanecido aislados, y que hoy tratan de ponerse de acuerdo en una reunion que se celebra en Weimar, acerca de las bases y reglas comunes de sus especulaciones. Estos útiles establecimientos han resuelto el problema de hacer el crédito accesible, por medio de una organizacion especial, á los que mas le necesitan y con menos facilidad le obtienen, y procurársele con condiciones que no son onerosas ni humillantes.

— PROGRESO DE LA NAVEGACION BAJO PABELLON BRITÁNICO Y DE LA CONSTRUCCION MARÍTIMA EN INGLATERRA DESDE 1843 Á 1857: — Los datos numéricos que abajo insertamos; son propios para ilustrar la cuestion de saber cuáles han sido para la marina inglesa los resultados de la abrogacion del «Acta de navegacion.»

En 1843 (siete años antes de dicha abrogacion), el tonelaje británico (con cargamento) era, reunidas la entrada y la salida, de 5.647,000 toneladas.

En 1850 (primer año de regir la abrogacion), se elevaba á 8.039,000 toneladas.

En 1857 (siete años despues de la abrogacion), daba 11 millones 636,000 toneladas.

De manera que si desde 1843 á 1850 el «british tonnage» ha aumentado en 2.392,000 toneladas, en el mismo espacio de tiempo (desde 1850 á 1857) ha aumentado en 3.597,000. La ventaja está pues de parte del período posterior á la reforma de las leyes de navegacion.

— DETALLES SOBRE EL EFECTIVO DE LA MARINA INGLESA DE VAPOR: — Un documento impreso de orden de la Cámara de los comunes bajo el título de *Steam vessels*, contiene la lista nominal completa de los buques de vapor matriculados en el Reino Unido hasta 31 de diciembre de 1857.

Resulta de este documento que en dicha época este efectivo se componia (incluso los steamers destinados á la navegacion fluvial) de 1,785 navios, que median 408,702 toneladas; lo que da desde 31 de diciembre de 1856 un aumento de 416 navios y 25,104 toneladas.

En cuanto á la capacidad media de cada steamer permanece exactamente lo que era un año antes, es decir, de 230 toneladas. Debe notarse por otra parte que la cifra precitada de 416 buques no representa el total de las matrículas de 1857, sino solo la diferencia del efectivo en ambas épocas, atendiendo á que si este efectivo no hubiera sufrido las reducciones ordinarias á consecuencia de naufragios, demoliciones y ventas al extranjero, el aumento hubiera sido de 228 navios y 52,918 toneladas.

Por lo demás, hé aquí cómo se descomponia la marina mercante inglesa de vapor en 1° de enero de 1858:

Buques	de madera con ruedas	837
	de madera con hélice.	22
	de hierro con ruedas..	397
	de hierro con hélice..	529
Total.....		1,785

— EFECTIVO DE LA MARINA MERCANTE DEL REINO UNIDO EN 1857: — La marina mercante del reino unido de la Gran Bretaña en 1857 era de 27,097 buques que median 4.558,740 toneladas, á saber:

	Toneladas.	Toneladas.
9,525 de vela	287,385	midiendo menos de 50
15,748 —	3,853,889	— mas de 50
677 steamers	16,802	— menos de 50
1,147 —	401,464	— mas de 50

El número de buques nuevos de construccion británica matriculados en 1857 se ha elevado á 1,278, que median 250,472 toneladas, y que podian ser clasificados de la manera siguiente:

	Toneladas.
1,012 buques de vela de madera, midiendo	184,203
48 — de hierro —	13,351
73 steamers de madera —	2,978
155 — de hierro —	49,940

Diez y siete navios de una capacidad de 7,619 toneladas, procedentes de las colonias de la América del Norte, y 74 navios (26,432 toneladas) construidos en el extranjero, han sido además matriculados. Contando las adquisiciones hechas en el extranjero por la marina del Reino Unido durante el año de que se trata, el total de matrículas nuevas se eleva á 1,369 navios y 284,523 toneladas.

Pero como por otra parte han naufragado en el mismo año 662 navios (157,683 toneladas) y han sido demolidos 79 (9,022 toneladas), el aumento verdadero se reduce á 628 navios y 117,818 toneladas. En este total no se han podido tener en cuenta las ventas de buques ingleses en el extranjero, acerca de las cuales la administracion no ha proporcionado dato alguno.

En 31 de diciembre de 1857, las colonias inglesas de Africa, Australia, América del Norte é Indias Occidentales, poseían una flota mercante de 8,851 navios, que median en junto 811,463 toneladas.

— COMERCIO EXTERIOR DE INGLATERRA: — Como era de esperar, hace algun tiempo que el movimiento internacional de los cambios comenzaba á disminuir notablemente, aun en las naciones que no tomaban parte en la guerra. Las últimas estadísticas comerciales de Inglaterra que comprenden respectivamente los cinco y los cuatro primeros meses del año, suministran una prueba de esta depresion. En el mes de mayo de 1859, la Inglaterra solo ha exportado por valor de 10 millones 485,744 libras esterlinas, ó sea un aumento de 221,096 sobre mayo de 1858, pero una disminucion de 896,460 sobre mayo de 1857; la importacion desde el mes de abril habia disminuido aun mas notablemente: 10.146,451 libras esterlinas en abril de 1859 contra 12.524,658 en 1858 y 14.449,629 en

1857. Respecto de los cinco meses reunidos, la ventaja en cuanto á la exportacion está de parte del año corriente: 52,3 millones libras esterlinas contra 43,2 millones en 1858, y 50,2 millones en 1857; la importacion al contrario no se eleva (en cuatro meses) mas que á 33,5 millones contra 30,6 en 1858 y 40,9 en 1857. El primer semestre de 1858 trascurrió bajo la presion mas ó menos inmediata de la gran crisis financiera y comercial acaecida á fines de 1857; con todo si el movimiento de los cambios en 1859 es inferior aun á la cifra correspondiente del año anterior, es preciso tener en cuenta la influencia perturbadora que la guerra ejercia sobre las transacciones comerciales.

Solo el movimiento de los metales preciosos ha conservado cierta animacion. Durante los cinco primeros meses del año Inglaterra ha

	IMPORTADO	
Oro.....	7.589,528	14.550,201 lib. est.
Plata.....	6.960,673	
		EXPORTADO
Oro.....	6.850,752	
Plata.....	8.655,829	15.506,581 lib. est.

ó sea un excedente de exportacion de 956,380 libras esterlinas por los dos metales reunidos. Considerando aisladamente cada uno de los dos metales preciosos, hallamos para el oro un aumento de 738,776, mientras que la exportacion de la plata ha excedido en 1.695,196 á la importacion del mismo metal. Francia ha suministrado mas de la mitad (3.695,333 libras esterlinas) de la plata importada en Inglaterra y ha absorbido mas de diez onzavos (8.003,766 libras esterlinas) del oro exportado. La plata continúa siguiendo la via por la cual ha corrido constantemente en estos últimos años: de los 8.655,829 libras esterlinas de plata exportadas de Inglaterra entre el 1° de enero y el 31 de mayo de 1859, mas de cinco millones de libras esterlinas se han dirigido á la Indo China.

— EFECTIVO MARÍTIMO DE LOS ESTADOS UNIDOS: — Los cuadros oficiales americanos no dan á conocer el número de buques que componen este efectivo. Solamente indican que el tonelaje total, en 30 de junio de 1857, se elevaba á 4.940,843 toneladas, así repartidas:

	Toneladas.
Navegacion á largo curso.....	1.605,919
Cabotaje.....	2.300,399
Pesca de la ballena.....	195,842
— del bacalao.....	104,572
— de otras clases.....	28,327
Total para los buques de vela...	4.235,059
— para los buques de vapor.	705,784
Total general.....	9.176,902

Durante el ejercicio de 1856 á 1857 se han construido en los arsenales de la Union 251 tres mástiles, 58 bricks, 504 goletas, 358 sloops y canoas y 263 buques de vapor. Todos estos buques reunidos representaban una cabida de 378,804 toneladas.

— GUANO: — Las cantidades de guano extraídas de las islas Chíncha en 1856 ofrecen sobre 1855 una disminucion de cerca de la mitad, que ha recaído principalmente sobre los siguientes mercados:

	Toneladas.
Inglaterra por	174,273
Isla Mauricio.	17,178
España.....	25,585

Las exportaciones de guano para Francia, que ascendieron á 13,961 toneladas en 1855, han subido en 1856 á 42,131 ó sea mas de 28,170.

En 1857 la exportacion de este abono ha tomado una extraordinaria actividad, excediendo en 150 por 100 al año anterior, como se verá por el cuadro siguiente:

	1856.	1857
Países de destino.	Toneladas.	Toneladas.
Inglaterra.....	107,428	378,098
Estados Unidos..	61,197	55,058
Francia.....	42,131	57,598
Isla Mauricio....	1,013	»
España.....	840	»
China.....	725	»
Centro América.	289	»
Totales....	213,625	490,754

— DIVISION POLITICA DEL TERRITORIO DE ESPAÑA: — Tiene España, segun el excelente *Anuario estadístico* últimamente publicado por la comision general de estadística, 9,335 ayuntamientos, con 157,931 electores de diputados á Córtes, que eligen 349 diputados. Poblacion del reino segun el último censo, 15.464,340 habitantes.

— DIVISION JUDICIAL: — Comprende 15 audiencias, 500 partidos judiciales (263 de entrada, 151 de ascenso y 86 de término), con 9,384 juzgados de paz. Los 15 distritos cuentan 15 regentes, 176 magistrados, 15 fiscales de S. M., 43 tenientes fiscales, 500 jueces, 500 promotores y 1,631 escribanos y notarios. En 1856 entendieron las 15 audiencias en 4,906 pleitos que despacharon en última instancia, 288 que quedaron en poder de los relatores, y 4,224 que quedaron pendientes de sustanciacion; añadiendo 10,511 expedientes gubernativos, resulta un total de 19,929.

En 1856 los pleitos despachados fueron 5,800, los que quedaron pendientes 4,367, y los expedientes gubernativos 10,709; total, 20,876.

**El «Cometa» nueva cañonera de vapor.**

Al pasar últimamente por Burdeos, tuve el gusto de asistir á la varada de una nueva especie de cañonera,

que el entendido ingeniero de esa ciudad, M. Arman, diputado, acaba de construir por cuenta del gobierno francés.

Esacañonera, cuyo dibujo damos, es tan elegante como sólida, y la introducción en grande escala de ese nuevo instrumento de guerra en el material naval flotante, aumentará mas aun el prestigio y el poderío de la marina francesa. Mide 72 metros, su anchura es de 9 metros, y solo calará 2 metros 20 á popa. Sus fondos son llanos y están guarnecidos de dos falsas quillas sobre las alas, que la permitirán entrar impunemente en los puertos de marea.

Esta cañonera tiene cinco troneras á cada lado, que pueden recibir cañones del mas grueso calibre, y en circunstancias dadas podrán entrar en ella hasta 1,200 hombres. Por último, su máquina de presión mediana, fabricada en los talleres del Creusot, es de una fuerza nominal de 120 caballos, y deberá hacerla andar sus once nudos.

Para obtener resultados tan notables, M. Arman ha debido recurrir al sistema de construcción mixta, madera y hierro, que ha inventado él con el mejor éxito.

El problema que se habia propuesto M. Arman, y que muchos hombres consideraban como una quimera, puede darse ya por resuelto.

De este modo pues, á pesar del peso de las cadenas, de las anclas y de algunas piezas de la máquina, se ha podido observar, despues de la varada, que el *Cometa* calaba únicamente 1 metro 53.

R.

### Leonetto Cipriani.

Leonetto Cipriani, el gobernador general de la Romania, de ese rincón de tierra cuya suerte futura es una de las grandes preocupaciones de la Europa, es un hombre de un carácter muy firme y de una sangre fría á toda prueba. Posee tambien en alto grado las cualidades que son indispensables para la dirección de un país desprovisto de toda institución política, que debe organizarse y rechazar las aspiraciones ambiciosas que se despiertan en las revoluciones. Las pruebas que ha atravesado hasta el día la Romania bajo la dirección de ese hombre enérgico, tienen todas el carácter de calma que proviene de la fuerza y de una voluntad bien decidida. Es de creer que seguirá siendo lo mismo, hoy que la Asamblea de los representantes le ha otorgado el poder por unanimidad, pues le ha faltado un voto.

Hé aquí algunos apuntes biográficos sobre el gobernador Cipriani.

El gobernador general de la Romania se habia hecho un nombre en Toscana antes de 1848 por su carácter ardiente, y al propio tiempo por el acierto de sus apreciaciones en los asuntos en que se interesaba, á causa de las explotaciones agrícolas que dirigia en persona sobre las propiedades de su familia.

Estas ocupaciones campestres lograron calmar en él, despues de la muerte de su padre, el afán de aventuras y de viajes que era uno de los rasgos mas notables de

En marzo de 1849 estaba en Paris, con una misión del gobierno gran ducal de Toscana, que le habia promovido al grado de coronel; y en cuanto supo la fuga

del gran duque y la denuncia del armisticio, se fué á buscar al rey Carlos Alberto, y obtuvo del rey que hiciera la campaña con el ejército piamentés.

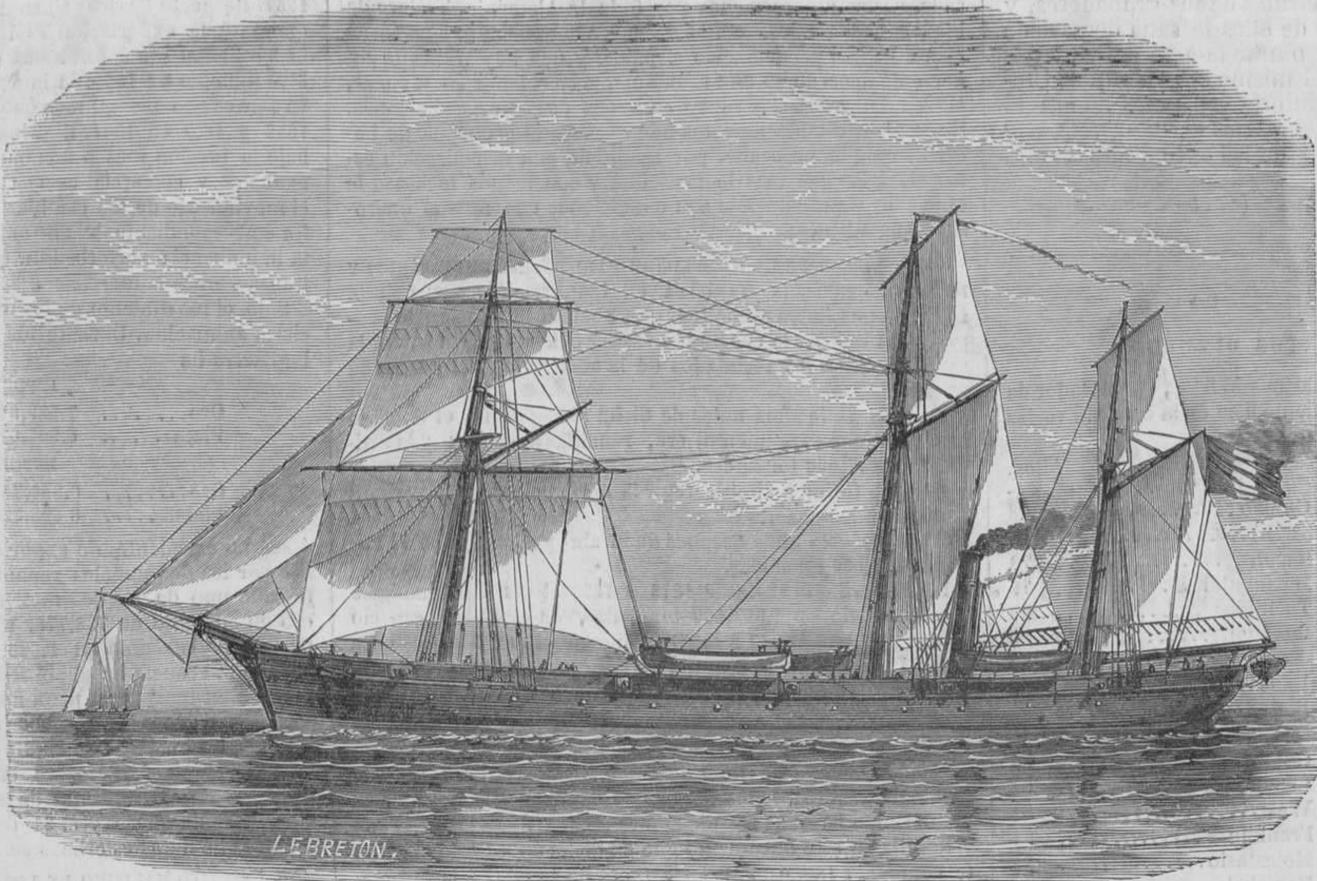
Se distinguió en Sforzesca, dos días antes de la batalla de Novara; el resultado de esta jornada y la triste suerte del rey le afectaron sobremanera; al cabo de dos años viendo frustradas sus esperanzas, marchó á la California, donde hizo muchas excursiones por el interior de las tierras.

En 1853 atravesó el continente con una caravana de exploración que habia organizado en San Luis del Missouri; subiendo el Plata-River, atravesó las llanuras, visitó el lago Salado, pasó los pantanos de Humboldt y Sierra Nevada; y al cabo de ocho meses de viajes volvió á entrar en San Francisco por el valle del Sacramento.

La esperanza de que á consecuencia de la guerra de Oriente pudiese mejorar la suerte de la Italia, le hizo regresar á Europa en 1855. En 1857 hizo el viaje de exploración por el mar del Norte á bordo de la *Reine Hortense*. En la primavera de 1858 perdió de nuevo la paciencia, y despues de haber contribuido á cimentar la alianza del rey de Cerdeña con Napoleon III, salió de nuevo para la California, donde habia conservado algunos bienes, y allí vivia en la soledad sin el menor contacto con la civilización.

Sin embargo, el grito de guerra de 1859 llegó hasta su retiro, y entonces, por tercera vez, abandonó su vida predilecta y se reunió con los ejércitos aliados en la Lombardia á fines del mes de junio. Despues de los preliminares de la paz estaba á punto de regresar á su país adoptivo, cuando los hombres que dirigian el movimiento en la Romania, teniendo que reemplazar al comisario real, que por razones de alta conveniencia política debia retirarse, le suplicaron que se pusiera á la cabeza del gobierno. — Aceptó, y todo el mundo sabe de qué modo tan satisfactorio ha justificado las esperanzas del país.

V. P.



EL COMETA, NUEVA CAÑONERA CONSTRUIDA EN LOS TALLERES DE M. ARMAN, DE BURDEOS.



LEONETTO CIPRIANI, GOBERNADOR GENERAL DE LA ROMANIA.

su carácter. Efectivamente, á la edad de diez y seis años, se hallaba de espectador en la toma de Argel por la expedición francesa, á la cual se reunió yendo á bordo de un buque mercante, que salió de Liorna. Un año

tirarse, le suplicaron que se pusiera á la cabeza del gobierno. — Aceptó, y todo el mundo sabe de qué modo tan satisfactorio ha justificado las esperanzas del país.